

Once cuentos juveniles



De la Salle
ediciones

EDICIÓN CONMEMORATIVA POR EL
5º ANIVERSARIO DE LA PREPARATORIA
LA SALLE SANTA TERESA

**Once cuentos
juveniles**

Once cuentos juveniles

Michel Puertas
Emilia Amezcua
Karla Ángeles
Leonardo Hernández
Carolina Campos
Juan Pablo Rosado
Marco Emilio Luna
David Cambrón

De La Salle
ediciones

Once cuentos juveniles

Primera edición, julio de 2019



© Editorial Parmenia
bajo el sello de De La Salle ediciones
Carlos B. Zetina 30, Colonia Condesa
06170, Cuauhtémoc, Ciudad de México
(55) 52 78 95 04
www.editorialparmenia.com.mx

Michel Puertas
Emilia Amezcua
Karla Ángeles
Leonardo Hernández
Carolina Campos
Juan Pablo Rosado
Marco Emilio Luna
David Cambrón

Pintura de portada:

Kinesis, Óleo y arena sobre madera, Antonio Rojas Tapia, 2005.

Dirección editorial: Manuel Javier Amaro Barriga
Desarrollo académico editorial: Antonio Rojas Tapia
Apoyo gráfico: Berenice Ángeles Zúñiga
Producción y distribución: Irma Rodríguez Vega

Todos los derechos reservados. Prohibidas su producción o transmisión parcial o total bajo cualesquiera formas o procedimientos y su distribución sin la autorización explícita de los titulares de los derechos.

Hecho e impreso en México

Índice

Presentación	9
Prefacio	11
Ahogado	13
Michel Puertas	
Ilustración: Milton Salazar	
Analfabeto de sentimientos	21
Emilia Amezcua	
Ilustración: Jesús Antonio Sánchez	
Cruzar Fronteras	23
Karla Ángeles	
Ilustración: Milton Salazar	
Gravis o	
La perdurabilidad indeseada	39
Michel Puertas	
Ilustración: Rosario de L. Peryra Espinosa	
Oneirofobia	45
Leonardo Hernández	
Ilustración: Valeria Pardo	

Penumbra: el camino de la purificación	55
Carolina Campos	
Ilustración: Carolina Campos	
Qué bonita Navidad	63
Juan Pablo Rosado	
Ilustración: Jesús Antonio Sánchez Marín	
Sabor a tierra	69
Versos de barro	81
Marco Emilio Luna	
Ilustración: Milton Salazar	
Vitae	95
David Cambrón	
Ilustración: David Cambrón	
Treinta y siete minutos	101
Leonardo Hernández	
Ilustración: Valeria Pardo	

La publicación formal de un primer intento literario es, sin duda, una gema, que cambiará de color, también sin duda, con el paso de los años. Y por respeto a ese color primero, los textos no han pasado por el ojo corrector del estilo. Han sido traspasados de la tinta fresca de sus también frescos creadores a la imprenta. Aquellos nuevos colores que adquiera esta gema en el futuro seguramente les obsequiará a ellos nuevas tonalidades. N. del E.

Presentación

Es para mi un placer poder presentar a todos los lectores esta antología de cuentos que refleja el trabajo intelectual y artístico de nuestros alumnos, quienes en el nivel medio superior han logrado encontrar un medio de expresión a través de sus palabras para transmitirnos su pensamiento y sus emociones. Todos ellos reflejan en sus historias parte de su ser intelectual y emocional, lo que es altamente encomiable.

No hay mayor satisfacción para un docente que lograr potenciar las habilidades de sus alumnos, verlos desarrollarse en un área donde, quizá, ni siquiera sabían que eran buenos, que tenían talento. Es la educación la que permite conocer y hacer descubrir todas las posibilidades de desarrollo intelectual en cada joven estudiante, y por la que les es posible encontrar su área óptima de expresión.

Este libro consta de once cuentos con distintas temáticas, que fueron escritos por nuestros alumnos, con la asesoría de los profesores de literatura e ilustrados por alumnos y maestros de la materia de dibujo y pintura, de la Escuela Preparatoria, Unidad Santa Teresa.

La antología está integrada por los mejores cuentos de los concursos de los últimos cuatro ciclos

escolares, y se publica ahora en el marco de los festejos de los primeros cinco años de nuestra Preparatoria.

Es más que satisfactorio lograr, en el nivel medio superior, la publicación de una obra de autoría propia, y saber que será leída por cientos de alumnos a lo largo de varios años.

El objetivo principal ha sido y será estimular la lectura en nuestros estudiantes y fomentar e impulsar el trabajo de incipientes pero entusiastas escritores y cuentistas.

Esperamos disfruten la lectura de los cuentos de nuestra primer antología tanto como nosotros disfrutamos escuchar el entusiasmo de los profesores y de nuestros alumnos.

Mtra. Laura Olivia Flores Acosta
Directora de la Escuela Preparatoria
Universidad La Salle, Santa Teresa

Prefacio

El mayor riesgo es no correr ningún riesgo. En un mundo que cambia muy rápidamente, la única estrategia que garantiza fallar es no correr riesgos.

Mark Zuckerberg

La escuela Preparatoria de la Universidad La Salle, Ciudad de México, Unidad Santa Teresa, fue un proyecto que inicio en 2014, y en agosto de este año se cumplen cinco años de este sueño, que comenzó con un edificio en remodelación, con solo diecisiete profesores, pero eso sí, con un equipo de directivos muy entusiasmados por esta oportunidad que se les estaba brindando, sin olvidar el gran riesgo que era iniciar un campus nuevo.

Es así que en abril del 2015 inició el primer concurso de oratoria, que se llevó a cabo en la *Semana cultural*. Fue una gran sorpresa ver y escuchar a nuestra primera generación de estudiantes desarrollar sus inquietudes y conocer sus propuestas para un mundo mejor. Al año siguiente no solo se verificó otro concurso de oratoria, sino también surgió el concurso de cuento. Poder leer sus relatos fue un placer, ya que la escritura de nuestros jóvenes es clara, pero irreverente; es fantástica, pero no olvida su realidad; es inquietante, pero da seguridad. A través de su narrativa hemos conocido su compromiso y su postura sociales.

Es necesario seguir corriendo riesgos en cuestión de llevar a cabo este tipo de concursos, pues es importante mostrar lo que uno escribe, ya que es un acto de verdadera generosidad y valentía. Fue

maravilloso ver la capacidad creadora que tienen nuestros jóvenes.

Con la publicación de este primer libro de cuentos exhortamos a nuestros estudiantes para que sigan en esta labor, y que no permitan que alguien los detenga en esta tarea creadora.

Vivimos en un mundo en que es necesario alimentar la esperanza y la imaginación. Los jóvenes estudiantes, por tanto, no deben detenerse. Como escribió Federico García Lorca a Salvador Dalí: deben "dejar que su fantasía llegue adonde lleguen sus manos".

Para la decisión de la publicación de los once cuentos, se tomó en consideración el manejo de recursos literarios, la originalidad temática, la lucidez en las ideas, los elementos bien sembrados para que no fuera una narrativa fácil ni gratuita; la innovación narrativa, la riqueza léxica, el cuidado ortográfico y la verosimilitud de cada uno de los textos.

Los alumnos son conscientes de las responsabilidades y necesidades que tenemos, como sociedad, para actuar ante dichas exigencias y a través de su narrativa lo hacen presente.

Los participantes de esta antología de cuentos nos invitan a la lectura, al respeto, a la tolerancia de desacuerdos; a mirar con atención los problemas emocionales, académicos y sociales a los que ellos, como adolescentes, se enfrentan. Promueven, desde sus narrativas, una valoración argumentativa para que juntos tomemos el compromiso de crear un México mejor y, por tanto, un mejor mundo.

Profra. Lorena A. Munguía García
Coordinadora de la Academia de Literatura

Ahogado

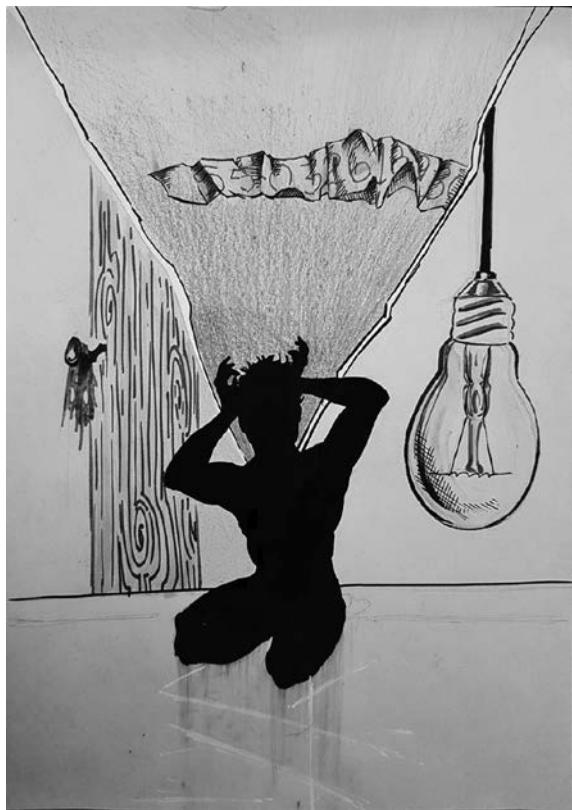
Michel Puertas

Palpitación dolorosa, respiración pesada, temblor absoluto. Un corazón amarrado, una visión limitada; Pedro es víctima y prisionero de su propia mente. Amarillo, rojo y blanco.

Amarillo

Contra el suelo de madera, un plato de porcelana se fractura tras ser arrojado, y a pesar de la escandalosa naturaleza del episodio, no está ni cerca de ser el sonido más potente en el departamento. Gritos a dos frecuencias distintas, y en medio, los ojos ausentes del niño que acaba su desayuno, sin hambre. Desde su punto céntrico en la mesa le es fácil observar los restos voladores de saliva provenientes de las bocas de sus padres, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, como en el mejor partido de tenis. El odio es rutinario, y el niño sólo baja la mirada, desconectado de la situación.

La capacidad de asombro del niño lleva tiempo muerta. Ya no más. El agudo tronar de un choque eléctrico viene de fuera del edificio. La cabeza del niño asciende pausada, para ver por la insuficiente ventana al fondo de la sala. El suceso en el exterior provoca que el niño sienta una ventisca en el pecho al mismo tiempo que un mogote del pan que mascaba se escurre de sus labios hasta sumergirse en su vaso de agua.



El pasmo es auténtico. Y es que más allá de la pared amarilla que delimita la casa, un extraño hombre queda colgando bocabajo, de un pie, por el poste de luz de la calle. El niño percibe cómo se rasga paulatino el pantalón del hombre, y desesperado se levanta de la mesa. Todo el ambiente entra en trance, pero cualquier acción será inútil. En lo más profundo de su ser, el niño sabe que el hecho de que está por presenciar la muerte de un hombre le provoca fascinación e intriga. El clavo que sostenía la mezcilla, ya no lo hace más. El niño chilla, el hombre cae.

Rojo

¿Es posible pensar una cosa y decir otra al mismo tiempo? De temas desconectados, refiere la pregunta. Pedro nunca se había percatado de esta peculiar capacidad.

Siempre fue tímido, alejado, retraído. Pero por unos minutos, le salían palabras del orador más cautivante. Ya había dado, desinteresadamente, la misma plática sobre electricidad cinco veces ese mismo día. Pero esta vez algo cambió. En su cabeza ya no estaban las máquinas eléctricas rotativas y los transformadores de potencia, sino que tomaban protagonismo el cabello rubio y la mirada atenta de una alumna sentada al frente a la derecha.

Sí, Pedro hablaba de electricidad básica, pero en su cabeza estaba en único plano aquella joven mujer. “¿Cuántos segundos la volteé a ver solo a ella?”; “¿Realmente le interesa lo que estoy diciendo?” Así que, basado en su experiencia, sí es posible pensar y hablar cosas distintas simultáneamente.

Orgullosa como nunca, Pedro dejó el aula. No pasaron más de dos minutos de haber salido, cuando sintió el delicado tocar de unas uñas sobre su hombro derecho. “Oye”. Una tenue sonrisa de la misma joven. No pudo ser más de un segundo, cuando vibraciones rítmicas acariciaron todo el cuerpo de Pedro y un suave jazz lo poseyó. “Es que, suena raro, pero me interesan esos temas. ¿Otro día podrías contarme bien sobre la ingeniería eléctrica?” Pedro, incrédulo, sólo asentía con la cabeza. “Toma, te doy mi teléfono.” Un extraño aplauso se produjo al dejar el papel con números sobre la palma de Pedro.

Sin más, la joven se alejó, y Pedro permaneció inmóvil en el pasillo por casi veinte minutos. Al comer, la imagen de la mujer se plantaba en los pensamientos de Pedro, lo mismo al trabajar, lo mismo al caminar. Pero, ¿llamarla por teléfono? Pedro jamás tendría el valor para hacer tal cosa. La diferencia de edad ni siquiera era algo que le preocupara. El hecho de actuar, sí. Nunca se acercó en la escuela a hacer amigos, mucho menos sería capaz de apriornar sus miedos y tomar el coraje para cambiar su realidad.

Sin embargo, Pedro coqueteaba constantemente con la novelera idea de darle un uso al papel arrugado con números en tinta roja, pero solo lo observaba como obra de arte en museo. El día que Pedro aceptó que era demasiado tarde, el papel que guardaba en una fina caja de madera, pasó a coexistir con los recibos viejos en el bote de basura. “¡Cobarde!” gritó desdichado.

Décadas transcurrieron después del día en que Pedro vio morir al hombre del poste de luz, y una tercia de lustros desde que la estudiante le habló.

A los 48 años, Pedro estaba habituado a ser un ente pasivo, inerte agraviado de los sucesos, nunca ejecutor.

Blanco

“Tú tienes poder sobre tu mente, no sobre acontecimientos de fuera. Date cuenta de esto y encontrarás la fuerza.” —Marco Aurelio.

Una luz parpadeante a nada de fundir. “¡Cara-jo!” El foco del baño de Pedro está a punto de dejar de servir y la sensación epiléptica que le genera verlo lo molesta. La frustración de Pedro es interrumpida por una llamada telefónica, pidiendo de sus servicios para reparar un poste de luz. Con la amargura usual, Pedro acepta. Son las 4 de la mañana, horario normal para Pedro, pero anómalo para cualquier otro.

Con ausencia de toda gracia, Pedro se desviste para meterse a la regadera, y al momento de entrar al baño se percata de que la bombilla está totalmente muerta. Sin otra opción, Pedro ingresa a ducharse en un ambiente de total negrura, y sin razón aparente, un pequeño golpe de miedo lo atiza en el pecho justo antes de pisar el mosaico. Al entrar al agua, un rayo fulminante atraviesa su ser, en respuesta de una sensación nunca antes vivida. El usual rocío se transforma en agua bautismal.

A los ojos todo es invisible en la oscuridad, pero su mente se abre como los mares de Moisés. Pedro revive la impotencia que sintió al ver a un inocente hombre fallecer, sin la posibilidad de hacer nada, él ahora entiende que su falta de coraje para intervenir en las circunstancias se derivó de esa misma impotencia y decide cambiar su historia. Sabe qué hacer. Conforme su pensamiento pro-

fundo avanza, sus meditaciones se convierten en ansiedades, pero el simple reconocimiento de éstas lo lleva a sentirse un alma blanca, purificada.

Con donosura se disparan los neumáticos de un hombre decidido. Un auto que lleva rumbo hacia la libertad de su conductor, situada en un poste de luz. Bronco, pero emocionado, se estaciona sobre la banqueta y prepara los materiales para la reparación. De encima del auto, Pedro toma su vejada escalera y con la carga de herramientas comienza a ascender.

Llegando a lo más alto, Pedro vuelve a hacer la expresión de espasmo que tuvo al ver al hombre a punto de caer y al recibir el papel con el teléfono de la mujer. Palpitación dolorosa, respiración pesada, temblor absoluto. Áspero pero cuidadoso, abre una caja metálica donde se hayan los cables y circuitos que conoce mejor que a su propia persona, y comienza a maniobrar.

Un primer entrelazo de cables provoca un fuerte chispazo, pero no es suficiente. Toma unas pinzas y empieza a cortar, ahora, una explosión. La cara de Pedro se torna negra por quemaduras de segundo grado que nunca irá a curar. Finalmente, un puñetazo al interior de la caja. Pedro resbala y se estampa de espalda boca abajo contra la madera astillosa. De un tosido, escupe sangre densa que cae al pavimento, no sin antes mancharle el rostro. Aún cuelga de un pie. El dolor físico es incontenible, pero Pedro ríe descontrolado. Antes de jalar la pierna, se pregunta si alguien lo estará viendo como la escena que él presenciara alguna vez. Sin titubear, se desprende, en disfrute de su resolución estoica. Un colofón con tan esperada certidumbre, un suicidio con pudor, un alma emancipada. En la caída,

las risas se convierten en gritos aparentemente dementes, pero él sabe que apenas encontró cordura.

Esa misma mañana, inmerso en la oscuridad de su regadera, Pedro había cantado glorioso y alegre por única vez, a sabiendas de que más tarde lograría tomar por fin las riendas de su destino.



Analfabeto de sentimientos

Emilia Amezcua

Ver a mi papá llorar por primera vez se sintió como ver caer el Imperio Romano dentro de él, me repulsa saber que yo sí podía hacerlo ante todos, que las lágrimas y sentimientos son antónimo de fortaleza. Siempre pensé que la verdadera fortaleza iba acompañada con inteligencia emocional. Contemplarlo confesándose humano racional y sentimental minutos después de ser un lobo inteligente e impulsivo, es cautivador.

— ¿Por qué te dejas enfermar?— Le pregunté con su mano entregada con la mía.

—Porque me conviene.— Me dijo limpiándose las lágrimas con la otra mano.

No supe qué responder a eso.

Pasaron algunos minutos en silencio, fue incómodo.

—Ser fuerte no significa ser inhumano, ni tirano, papá.

—Ya no puedo cambiar, Ximena.

Inhaló fuerte y dijo: “Y cuando tengo la oportunidad, no sé por dónde empezar, tendría que recapitular el presente, el pasado, el futuro. Quiero hablar, pero me duele la cabeza cuando lo hago sobrio. Se siente como si mi saliva tuviera grenetina con azufre y deglutir me duele, desde que trago y llega a mi tráquea, hasta que baja por mi esófago y finalmente llega a mi estómago, arde.

Me encantaría echarme toda la culpa a mí por ser un analfabeto de sentimientos, pero le echo la culpa a las raíces en las que me desarrollé, las raíces que me enredaron en esos ideales de lo que significa tener testosterona. De la grosera idea de tener que callar mis miedos y demostrar mi grandeza”.

Lentamente se paró del sillón y se hincó enfrente de mí.

“Cuando me rompí el brazo en segundo de primaria, mi maestra me dijo que los niños no lloran y hoy sin poder derramar una lágrima, pero con ganas de hacerlo, te grito a ti, maestra de español y maestra de gramática de sentimientos, te grito a ti que sí quiero llorar y que quiero abrazar a mis amigos y quiero poder expresar amor a las mujeres sin tener que expresar deseo de por medio, quiero llorar cuando me rompa un brazo y también cuando yo solo me rompa el corazón”.

Inhalé fuerte y cerré los ojos ante las cuatro paredes blancas que me rodeaban, un blanco casi azul que guardaba un olor a Vic Vaporub.

Escuché un “perdón” casi susurrado, más una aspiración que una palabra, un grito de ayuda que apenas se plasmaba en el cuarto.

—Nunca pidas perdón por sentir, papá.

—Te pido perdón por lo que te he hecho sentir.

Cruzar fronteras

Karla Ángeles

Todos tienen su historia, todos han sufrido, muchos llevan las marcas de esas historias en la piel, y otros llevan marcas mucho más profundas que no se pueden ver. Diario oímos historias de guerras en otros continentes, de hambruna, de pobreza; diario oímos historias de ríos de gente que cruzan miles de fronteras alrededor del mundo, pero siendo más específicos, diario oímos historias de miles de personas que cruzan fronteras en Latinoamérica con la promesa del "*sueño americano*", no es algo de lo que se hable abiertamente, porque estas personas intentan cruzar sin llamar demasiado la atención, siempre en silencio. Pero por primera vez una caravana de miles de personas, de todo tipo de nacionalidades, han atravesado abiertamente un país, por primera vez el tabú se rompió y estas personas se hicieron oír, sí con miedo, pero hartos de callar.

Una mañana como muchas otras, un 13 de octubre huyeron de su país miles de personas, dejaron atrás casas, amigos, familia, empleos, escuela. Lo dejaron todo para poder empezar de nuevo, sabían que sería difícil. Empezaba lo que sería atravesar el infierno, porque así se sentía, así lo sentían todos, era enfrentar uno de los mayores demonios que había, pero era mejor que quedarse en la pobre vida que había en su país. La alternativa es mejor, aunque la alternativa esté llena de incertidum-



bres, ¿Qué pasaría cuando llegaran a las fronteras de otros países? ¿Los dejarían entrar? ¿Cómo sobrevivirían tantos días sin parar, con la poca comida que se tenía? Pero la mayor pregunta que rondaba en su cabeza era: ¿llegarían? ¿Llegarían a la tierra prometida? ¿Podría cumplir el "*sueño americano*"?, ¿acaso, era una posibilidad? Tantas preguntas, tan pocas respuestas, pero sonaba prometedor, en especial si eres joven.

Llevaban viajando cinco días, sin parar más de lo necesario, parando en alguno que otro poblado en alguna que otra ciudad, abandonando para siempre una vida de inconformidad, pero no era justo, así de sencillo, no deberían tener que dejar su país, ese era el pensamiento de miles de personas mientras caminaban, con las pocas pertenencias que decidieron llevar, algunos con bebés en brazos, con mochilas en las espaldas y la esperanza de un cambio en la cabeza. Y no era justo, el cansancio los había agotado, casi no habían parado, llevaban más de una semana caminando, y a pesar de eso la mayoría estaba decidida a seguir, conscientes de que muchos no habían llegado tan lejos, muchos se regresaron, muchos se quedaron en donde creyeron correcto y muchos otros fallecieron en el camino.

Marisol, que iba sola, siempre mezclándose entre la gente, intentando parecer que iba con más personas, nunca admitiendo del todo que iba sola. Intentaba disimular su cansancio, intentaba seguir caminando, aunque le parecía cada vez más complicado. Entre la multitud, creía haber logrado vislumbrar un par de caras familiares, aunque no sabía si los conocía o sólo era su imaginación. Entonces vio el rostro de él, también iba solo, su

rostro le era tan familiar, tal vez lo había visto antes, ella esperaba que sí, tal vez podría dejar de viajar sola. Llevaba un par de horas siguiéndolo, cuando se dio cuenta de quién era... era el primo de Sofía, su mejor amiga, de quien no había sabido nada desde que se fue unos meses antes que ella, esperaba que estuviera bien, y diario se preguntaba si ella sí había llegado a Estados Unidos. Sólo se habían visto un par de veces en alguna fiesta, pero nunca hablaron realmente, pero lo reconocía perfectamente, medio alto, moreno, con una terrible sonrisa torcida y los mismos ojos que los de su amiga. Tal vez saber quien era fue lo que la hizo atreverse a acercarse, y reuniendo todo el coraje que tenía, se acercó a él en la siguiente parada que hicieron.

Sabía que él no la reconocería, parecía niño, y ese era el punto, que nadie la reconociera, pero también sabía que sería más difícil hablar con él si iba en su papel de niño, de cualquier forma, no se parecía nada a la chica que alguna vez fue. Aún no decidida si debía decirle quien era, se acercó a él con un poco de pan que traía en su mochila, y se sentó a lado de él, en silencio. Parecía que él nunca apartaba la mirada del piso, y no se dio cuenta de su presencia hasta que ella carraspeo.

—¿Quieres un poco de pan? — le preguntó ella haciendo la voz más grave que pudo, no le diría quién era, hasta que estuviera segura de si podía confiar en él.

Él apenas la volteo a ver, sólo de reojo, y sin prestar mucha atención, agarró un poco del pan que ella le ofrecía. No parecía dispuesto a hablar, pero ella no desistiría.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó Marisol, intentando continuar con la conversación.

Entonces sí la volteó a ver y no dejaba de verla, analizándola viéndola de arriba abajo, y deteniéndose en sus ojos cafés, intentando decidir si podía confiar en ella o no, después de unos momentos que parecieron eternos por fin contestó.

—Pablo, ¿y tú? —contestó él, ofreciéndole la mano.

—Mario —contestó Marisol, siguiendo con su papel.

—Conque Mario, ¿eh? ¿También vienes solo?

— Sí, ¿y tú?

—Pues venía con unos amigos, pero no sé, no confío mucho en ellos.

—Bueno, en ese caso necesitas un compañero de viaje, ¿no es cierto?

Pablo la miró con los ojos entrecerrados con una mirada dura, extrañada, como si le acabara de decir que robaran una vaca y volaran hasta la luna, por fin se dignó a contestar.

—Creo que no me vendría mal un compañero.

Marisol no pudo esconder su sonrisa, Pablo intentó ocultar la suya, ambos estaban agradecidos de tener un poco de compañía. Al poco tiempo la caravana inició la marcha otra vez y ellos se apresuraron a caminar como lo habían hecho antes, pero ya no estaban solos, esta vez caminaban juntos.

Pablo sabía que debían estar cerca de la frontera, habían pasado unos cuatro días desde que se había encontrado con Mario, él era un poco torpe, pero profundamente valiente, un poco alto, con pelo castaño mal cortado, y un rostro siempre oculto bajo una gorra vieja. Podían platicar por horas, y luego callar por otras dos horas; era agradable, y habían prometido llegar juntos hasta la

frontera de México con Estados Unidos. Sabía que llegarían pronto a México no estaba seguro de qué pasaría en cuanto llegaran, llevaban caminando tantos días, vivían de la comida y el agua que les donaban. Ella no llevaba nada más que una pequeña mochila, con un cambio de ropa y una botella de agua, por eso agradeció cuando encontró a Pablo; él tampoco llevaba mucho, pero la compañía les había aligerado muchísimo el camino. Ambos estaban más felices, aunque no se conocieran del todo, aunque ella no le dijera la verdad, juntos iban mejor, aunque se callaran a momentos, iban un poco más acompañados, un poquito menos solos. En las carreteras era cuando más platicaban, a veces cantaban, a veces platicaban, nunca de temas muy serios, pero siempre muy felices, para ellos era como sentirse de su edad, era olvidar que tenían tantos problemas, y recordar, aunque fuera por una hora, que sólo tenían 14 y 15 años.

—¿Cómo terminaste aquí? —Preguntó Marisol en una ocasión.

—Ya sabes, mucha presión familiar, me dejé llevar un poco por mis amigos, no sé, me pareció algo que estaba obligado a hacer... ¿Y tú?

Por fin algo en lo que podía ser sincera, algo en lo que no tenía que mentirle.

—Escapé de casa, quiero mejores oportunidades, y mis papás tenían mucho miedo, pero yo tengo grandes sueños.

—Grandes sueños, eh.

—Al menos tendré mejores oportunidades.

—Pues primero tenemos que pasar la frontera, y tenemos que tomar una decisión.

—¿Qué camino elegir?

—Cruzando la frontera de México, tendremos

que decidir qué grupo seguir, irnos por la bestia o seguir caminando por el camino largo.

No pudieron seguir hablando porque llegaron a México, el líder de la caravana los hizo agruparse, no se sabía cuánto tiempo tardarían en darles paso, pero el cansancio y el hambre eran muy fuertes. Les dieron respuesta, los dejarían pasar, les pedían calma, les pedían papeles. Pablo y Marisol permanecían juntos en todo momento, sabían que la espera sería larga, pero estaban dispuestos a esperar. Para hacer la espera menos larga, intentaban idear un plan, se ponían de acuerdo para saber cuál sería su próximo paso; él quería seguir con los demás, la mayoría de la caravana se iría por el camino largo, cruzando todo México hasta llegar a la frontera; por otro lado, ella quería seguir a un grupo más pequeño que se iría por la ruta tradicional, por la bestia.

Y después el caos.

Angustia, miles de personas lo sienten a diario, no importa cuál sea su situación, todos han sentido angustia, el miedo, el malestar, en diferente medida todos lo han sentido, y todos saben que la angustia es peligrosa; sobre todo la angustia de no saber qué es lo que va a pasar con tu país, con tu futuro, esta angustia te lleva a hacer locuras, como obligar a tu hijo de 15 años a un viaje para que cuando llegue a Estados Unidos pueda mantener al resto de tu familia. La angustia es lo que lleva a una pequeña de 14 años a escapar de casa, vestirse de hombre e iniciar un viaje lleno de peligros, especialmente para una chica tan joven. La angustia que hace que hombre y mujeres con los más variados tipos de empleos, familias enteras, embarazadas, padres con bebés, y muchos más

atravesasen miles de kilómetros. Angustia, miedo, pánico, llámalo como quieras, pero eso es lo que lleva a miles de migrantes a dejar su país, su hogar, caminar kilómetros en caravana, con poca comida y agua, Angustia es lo que los mueve, lo que los lleva a perder la paciencia, a atacar policías, a tirar barreras, a cruzar ríos, cruzar ciudades e incluso países enteros. Llámalo como quieras, pero cuando se tiene tanta angustia y miedo se mueven montañas, se nadan ríos, se cruzan fronteras.

De un momento a otro ya estaban en Chiapas, no estaban muy seguros de cómo, pero ya habían cruzado, el gobierno mexicano les ofreció comida y les donaron ropa y un lugar donde dormir, a partir de ahí la caravana se dividiría, algunos se quedarían ahí, otros se irían hacia la bestia y finalmente la mayoría de la gente de la caravana seguiría caminando por carreteras cruzando la capital hasta llegar a Tijuana. Era la última oportunidad de los chicos de decidir a dónde irían, llevaban discutiendo más tiempo del que les gustaría admitir y ambos llegaron al punto en el que lugar de hablar sólo se gritaban.

—Quedémonos, o sigamos con el grupo más grande —insistía Pablo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es para cobardes —le espetó Marisol harta—. Es mejor que no lleguemos con la caravana, es menos probable que nos dejen pasar. Por favor, entiende, llevamos horas discutiendo lo mismo.

—Pues lo habríamos arreglado hace un buen rato si no fueras tan testarura Marisol.

Marisol se quedó pálida, ¿había escuchado bien? “Marisol”, él sabía quién era, lo sabía. Lo único que

ella pudo hacer fue quedarse paralizada viéndolo con los ojos abiertos como platos y una cara que pareciera que había visto un fantasma, hasta que él volvió a hablar.

—Sí, Marisol, te reconocí unos días después de qué empezaremos a viajar juntos. —Su voz era más lenta, lo decía con tranquilidad, con naturalidad—. Pero no dije nada porque pensé que tal vez no querías decirme y como sea eso es tu decisión.

—No quiero quedarme, y tampoco quiero seguir a la caravana —fue lo único que Marisol alcanzó a contestar—. Me iré mañana con el grupo que va a la bestia, si me quieres acompañar bien y si no... que te vaya bien en tu vida.

Todos los infiernos tienen a sus demonios o en este caso a una bestia, disfrazada de un tren que recorre un país entero, causando miles de muertes, y dejando a su paso lo que se ha convertido en un cementerio de migrantes. A pesar de esto a Marisol le agradaba más que seguir con la caravana, por eso se unió al pequeño grupo que partiría por la mañana, a pesar de que Pablo no lo haría, le había cogido gran cariño, pero ella estaba muy clara con cuál era su objetivo.

A la mañana siguiente cuando se levantó, Pablo ya no estaba, entonces supuso que había él también había tomado su decisión y había partido con la caravana.

Ella preparó sus cosas se puso una camisa y su gorra antes de dirigirse con el grupo que iría al tren. Lo que ella no esperaba es que Pablo ya la esperaba ahí, con su sonrisa medio torcida y su pelo despeinado.

—¿Pablo?

—Seguiré contigo, puede que tengas razón, aún

necesito a mi compañero de viaje y tú necesitas alguien que te cuide.

Ambos asistieron en señal de paz y de conformación, en una especie de acuerdo, avanzaron con los demás, y ninguno de los dos se atrevió a hablar de la discusión del día anterior.

Nadie sabía muy bien que decir, fue un momento impresionante para ambos de esos que te dejan sin palabras, pura maquinaria, una fila de vagones que parece eterna, pero sobre todo mortal, algo sacado de cuentos de terror, una máquina tan irreal que parecería mentir si no la tuvieran en frente de sus narices, cuando la vieron fue que entendieron el nombre de tal tren llamado la bestia. Llevaban esperando un par de horas en el techo, y se habían subido en cuanto vieron los vagones enganchados, les habían dicho que esa sería la señal de que en algún momento del día avanzaría, no se sabía cuándo, pero era su única señal. A pesar de llevar horas ahí arriba, nada se atrevía a moverse, ni para ir al baño, todos temían perder su lugar. Después de aproximadamente cinco horas, el tren comenzó a avanzar, el corazón de Marisol corría con prisa, y el de Pablo también, el de ella lleno de esperanza, el de él lleno de miedo. Estaban sentados en el techo de uno de los vagones, llevaban un par de cuerdas que consiguieron antes de subir, y con eso se ataron al techo, no querían llamar mucho la atención, no querían que la gente hiciera preguntas, pero nadie hablaba demasiado, había de todo, hombres, algunos niños, bebés, las mujeres iban juntas, nunca se despegaban mucho la una de la otra, y las que no iban con ellas iban acompañadas de un hombre, todas muy consientes de los peligros a los que se enfrentaban

subiendo a semejante bestia. Marisol se agarraba el sombrero con fuerza, y se cubría la mayor parte de la cara con él, para que no se vieran sus facciones, que por más que tratara de ocultarlas seguían siendo finas. Después de un rato de silencio ella por fin se decidió a hablar.

—Pablo, sobre no decirte quien soy...

—No tienes que contarme, no necesito saber. Cómo querías cruzar el país, es sólo tu decisión.

—No, quiero hacerlo, siento que te debo una explicación. Tenía miedo al igual que todos, de las pocas posibilidades que existen en Honduras, sí lo extraño, pero me parece mejor la incertidumbre de aquí que la incertidumbre allá. Por eso, cuando me enteré de la caravana intenté convencer a mis padres que nos fuéramos con todos, que nos uniéramos a la caravana. Por eso, cuando me dijeron que no, tome una decisión, aún no supe si buena o mala, pero ya no había vuelta atrás, tomé el dinero que tenía ahorrado, le robe un par de camisas a mi padre y me corte el pelo, lo más que pude. —Marisol hizo una pausa, como preparándose, mientras las lágrimas amenazaban con salir de sus ojos—. Hui de casa por la mañana, corrí hasta el punto de partida, y me uní a la caravana con nada más que una mochila. A mis padres les dejé una nota explicándoles todo, prometiendo que me cuidaría, y que una vez que llegue a Estados Unidos les enviaría otra carta diciéndoles que estoy bien, sabía que corro riesgos, aunque creo que mis padres también están conscientes de eso, por eso no querían marcharse, y no los culpo, pero yo no podía quedarme ahí.— Para este punto las lágrimas escurrían por sus mejillas como dos pequeñas cascadas, que se negaban a cesar. Me imagino a mi

madre en casa, llorando por mí, rezándole a todos los santos que su pequeña esté bien, por eso les deje la nota tenía que dejar una nota, eso me hace sentir menos culpable es lo que me deja dormir por las noches, pero también es por lo que lloro todas las noches.

Pablo no sabía qué hacer, sólo acertó a ponerle una mano en el hombro y decirle que estarían bien, pero muy en el fondo sabía que estaba aterrado, no sólo por ella, si no también por él. Sabía que él no debería estar ahí, él no quería estar ahí. Él sabía que debería huir con esperanza de mejores oportunidades, por su familia más que nada, y sabía que por oportunidades como la que él deseaba tenía que luchar, pero no era tan valiente como para hacerlo, no era valiente como Marisol, la admiraba por eso, por tener el valor que a él le faltaba.

Avanzaron durante días, no sabrían decir cuántos, habían bajado un par de veces para cambiar de tren, comían de lo que las demás personas les daban, pero siempre mantenían su cabeza en alto, e intentaban mantener una sonrisa en la cara del otro. Les decían que ya llegaban a Veracruz, que se acercaban a La Patrona, hogar de mujeres extraordinarias que diariamente se encargan de ayudar con lo que tienen a miles y miles de migrantes.

—Era la mirada de un ángel, fue sólo un microsegundo, pero vi tanto amor en ella, no sólo nos alimentan, son nuestros ángeles guardianes.

Lo repetía una y otra vez mientras comía con Marisol, él había bajado a recoger la comida mientras un chavo le explicaba lo que tendría que hacer, debía ser rápido, no bajarse, agarrarse de la escalera, y tomar la comida y agua, mientras se lo explicaba parecía mucho más sencillo de lo que

en realidad era. Como sea el momento llego, Pablo bajó junto con muchos otros hombres a tomar lo que Las patronas, les ofrecían. Bajó y alcanzó a agarrar una bolsa con arroz, pollo y un par de botella de agua, y por un instante vio a una de ellas, cuando volvió arriba con Marisol tenían una sonrisa y una sola lágrima recorriéndole el rostro, porque al menos él les estaría eternamente agradecido.

Esa misma noche se enfrentaron también a uno de los demonios que monta a la bestia. Todas las noches tenían mucho miedo de dormir porque temían caerse, de vez en cuando bajaban a algún vagón que estuviera medio abierto y ambos dormían ahí. Fue en una de esas ocasiones con una tormenta afuera que decidieron meterse a uno de los vagones, pero no se daban cuenta que alguien los seguía.

No lo vieron venir, creen que era de una pandilla, alguno de esos demonios pertenecientes a los mara, lo supieron por los tatuajes, todo el cuerpo repleto de ellos incluso la cara; probablemente los venía observando desde hace tiempo, pero todo fue tan rápido que ninguno tuvo tiempo de reaccionar, sólo oyeron los pasos atrás antes de que Pablo sintiera el navajazo en el brazo, sabía que debía de ser profundo porque le dolía demasiado, pero todavía alcanzó a reaccionar y aventó a Marisol a un lado porque tenía miedo, no sólo por él si no por ella, si el mara la alcanzaba sabe Dios qué haría con ella. Marisol gritaba, por miedo y por ayuda, fue entonces cuando Pablo se lanzó con toda la fuerza que tenía contra el mara y le tiró la navaja, ambos forcejeaban y giraban en el suelo cuando por fin, Marisol se armó de valor, tomó la navaja

del suelo y se la clavó al desconocido en el hombro, hasta que éste dejó de forcejear, su playera se llenó de sangre y se empezó a retorcer de dolor mientras sollozaba en silencio. Pablo se levantó como pudo, tenía todo el cuerpo adolorido y sentía la sangre correr por su brazo, probablemente le saldrían moretones en lugares que ni siquiera sabía que podía tener. Tomó a Marisol de la mano que seguía llorando paralizada con la navaja en la mano, y salieron corriendo del vagón con el corazón latiendo a la velocidad del tren y sin mirar atrás ni un segundo. Volvieron al techo en la mitad de la noche, en la mitad de la lluvia, se abrazaron y las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de ambos, estaban paralizados por el miedo, y ninguno se atrevió a moverse hasta que empezó a amanecer.

Después de esa noche se quedaban arriba todo el tiempo, montaban guardias, uno intentaba dormir mientras el otro se quedaba despierto vigilando, atento en caso de que alguien más quisiera atacarlos. Cuando él estaba despierto, podía oírla sollozar en silencio, y cuando ella estaba despierta, podía oírlo hablar entre sueños, o más bien entre pesadillas. Ese día, de los últimos días que pasaban en el tren según les habían dicho ambos durmieron un rato por la noche, pero para el amanecer ambos estaban despiertos mirando el sol salir.

—Me encanta cómo se ven los amaneceres desde aquí, es lo único que me gusta de aquí.

—¿Los amaneceres? — preguntó Pablo con su sonrisa medio torcida en el rostro — Al menos sabes ver el lado positivo a las cosas...

—¿Y por qué no debería?

—Creo que ninguno estamos en la posición de verle el lado positivo a las cosas.

—Pues yo creo que tenemos que agradecer que ya estamos aquí, que ya estamos tan cerca, porque hemos cruzado países y hemos atravesado fronteras. Hemos llegado más lejos de lo que muchos creerían, y llegaremos aún más lejos.

Se abrazaron con una sonrisa en la cara y así se quedaron hasta que el sol estaba ya bien arriba en el cielo y el tren llegaba a su destino.

Gravis o

La perdurabilidad indeseada

Michel Puertas

Años después, Carmen pasaría días enteros reflexionando en la teoría de los universos paralelos, imaginando cómo los acontecimientos de esa tarde de febrero hubieran resultado de manera menos trágica.

Corría la mañana en el balcón del departamento, la ceniza de su ansiado cigarro hacía viva prueba de la gravedad, bailando con gracia, ayudada por el viento, en su caída libre desde el cuarto piso hasta el suelo del estacionamiento. Era el balcón el lugar donde la privacidad de su mente se fusionaba con la privacidad de su cuerpo, donde su depresión se transformaba en indiferencia. Nunca había experimentado incertidumbre tal como aquel día. Mientras su mano temblaba al acercar el cigarro a su boca, ella sabía que ese cigarro celebraba la inauguración del apocalipsis familiar y espiritual, que había comenzado solamente veinte minutos antes.

De niña, su madre se refería a ella como su “brillante periquito”, porque era alegre y platicadora. Presumía de sus dibujos en crayón y de cómo las maestras la movían a la esquina del salón por estar hablando. En aquellos años, el mundo siempre encontraba una enorme y tierna sonrisa puesta frente al rostro de Carmen. 45 años después y ya no quedaba ni sombra de aquella alegre niña.



Jorge, su amante, era el único agente capaz de darle algún destello de felicidad, en una vida que más allá de la monotonía, le era difícil encontrar momentos agradables. No se sentía mal por pasar tiempo con Jorge. A su esposo nunca lo amó y en secreto, ella siempre sintió que era mucho para Mariano. Aquel hombre rosado, panzón, bajito, de lentes gruesos que lo que más grande tenía era su noble corazón; mismo que fue suficiente para que una joven Carmen de 22 años diera el sí al matrimonio después de sólo 2 meses de novios.

Muchos días habían pasado desde esa tímida e incómoda propuesta de matrimonio en un parque infantil, junto a la resbaladilla; aún recordaba vivamente las risas de los niños mofándose. La bondad de Mariano nunca fue suficiente para satisfacer sus necesidades económicas o sexuales, o mucho menos para llenar el vacío de la partida de su mejor amiga Luna a Colombia, el secuestro y desaparición de su hermano Luis o la muerte de su demente padre atropellado por un camión a media noche, tan solo 3 años antes. Sin embargo, Mariano fue capaz de regalarle un hijo, Emilio, que permanecía como su único orgullo en la vida. Fracásó como pintora y como maestra, pero “jamás como madre” se decía Carmen a sí misma.

Sobre el humo gris, la imagen que Carmen acababa de ver, resurgía, cual fantasma en su cabeza. El cigarro era ahora aspirado con más coraje como si liberar rabia hacia el tubo de nicotina pudiera cambiar algo. Mariano había conseguido, el día anterior, sus primeros días reales de vacaciones en más de 8 años. Llegó a casa 2 horas antes de lo normal y, en lugar de compartir las buenas noticias,

se vio forzado a encarar su primer y único encuentro con Jorge.

Cuando llegó, el amante de su mujer estaba en su cuarto, acostado, pero el concepto que realmente lo sorprendió, fue otro. Era como una pintura viviente: su esposa desnuda y en paz. Su mujer, saciada. En menos de un segundo, el infinito amor que la mente de Mariano había construido por décadas, se había permutado en lamento. En un acto reflejo, Mariano soltó los papeles que traía e inmediatamente cayó de rodillas al suelo. A aullidos, con su voz delgada, lloraba desconsolado. Mientras Jorge tomaba sus pantalones y se dirigía a la salida, puso su palma sobre la espalda del hombre afligido y, tras aclararse la garganta, añadió las palabras “lo siento mucho”. Jorge estaba siendo sincero, y por ello, no sería visto nunca más. Después, Mariano volteó hacia Carmen y tratando de contener el gimoteo, la miró intensamente a los ojos, logrando penetrar su alma. Mariano decidió dormir en el cuarto de su hijo esa noche, en un sueño perenne. Ingirió todo lo que encontró en el botiquín, para, tras horas de padecer, lograr dejar su cuerpo rígido antes de que el sol saliera. Carmen enfrentó la figura de su esposo muerto esa mañana, pero en su mente reaparecería muchas veces más.

En momentos de desesperación, como el suyo, casi cualquier alternativa te pasa por la cabeza. Era consciente en ese momento de que, con un cigarro, podía quemar el departamento completo. Pero si algo había mantenido hasta entonces era la esperanza de tiempos mejores. Ella aún tenía sed de reivindicación, hambre de vivir. A pesar de no tener mayor justificación para su fe, permanecía

creyente en que le sería posible hallar una vida plena. Dar frescura a su realidad era la meta, mas no acabar con ella; escapar y empezar de cero sonaba mejor que morir quemada. Pero aún le quedaba una responsabilidad, la de decirle a su hijo que su padre había muerto, desenmascarar su aventura y, en secreto, despedirse para siempre del adolescente.

Faltaba poco para que Emilio regresara de su campamento y Carmen comenzó a practicar lo que iba a decirle frente al espejo, y esperó sentada en el comedor. Cuando la manija de la puerta de entrada empezó a girar, las primeras gotas de sudor de la frente de Carmen comenzaron a escurrir. Lo llamó a sentarse. Pudo mantenerse serena al tratar de explicar la situación, pero antes de poder terminar, Emilio saltó cual guepardo atacando a un antílope.

Por años, Carmen y Mariano habían recibido comentarios negativos por parte de profesores y psicólogos sobre actitudes de su hijo y de sus dudosas amistades, pero no fue hasta sentir su brazo siendo amoratado, que Carmen se dio cuenta de la realidad: su hijo estaba loco. Había sido tanto el cariño por el primogénito que, a sus ojos, la verdad se mantuvo dormida. Era demasiado importante para Carmen rescatar su existencia como para darle un fin con tan poco cierre moral; “No hagas nada malo, Emi. Todo va a estar bien”. La epidermis de la cara de Carmen fue lo suficientemente sensible para sentir el aliento que provenía de un enorme grito de “¡No!” como respuesta. Emilio tomó a su madre con ambos brazos, hinchado de adrenalina se acercó al balcón y la lanzó. Carmen caía ahora como la colilla de su último cigarro. Antes de golpear en seco contra el pavimento, ella

tuvo sus últimos gratos recuerdos: se vio como el “brillante periquito” que alguna vez fue y observó sus pinturas, de las que siempre se sintió orgullosa.

Después del golpe, siempre recordaría lo que quiso olvidar y olvidaría lo que quiso recordar. Finalmente vio a su hijo escoger el mismo destino que él decidió por ella misma y también tocó suelo, con sus ojos abiertos y la mirada viendo hacia la nada. Carmen sobrevivió, pero a consecuencia del impacto, quedaría médicamente ciega, no volvería a mover ninguna parte de su cuerpo del cuello para abajo por una cuadriplejia, y por decisión propia, tampoco volvería a hablar. Un agudo pitido la acompañaría por años hasta que los latidos de su corazón finalmente cesaran.

Todavía en el cemento, la sangre del oído derecho de su hijo escurrió hasta manchar su cuerpo inmóvil. Repleta de ironía ella sonrió, porque al tiempo que su visión se tornaba más borrosa, Dios se le acercó para decirle que Él no existía.

Oneirofobia

Leonardo Hernández

Ciento setenta y siete. Esos eran los pasos que Damián caminaba todos los días para llegar al colegio. La caminata diaria a las seis de la mañana le ayudaba a pensar. Era uno de los pocos momentos del día en que podía tener la paz suficiente para adentrarse en su propia mente y divagar por todos esos pensamientos que sonaban en su cabeza como el tictac de un reloj. Él siempre se consideró una persona diferente. No como un prodigio, ya que jamás pensó que fuera un genio, y tenía razón: no lo era. Pero era astuto, muy astuto. Además, sabía cómo guardar secretos y mentía muy bien. Tal vez demasiado bien para alguien de 19 años. Tampoco era una persona que destacara por sus habilidades en la escuela o por practicar algún deporte. De hecho, nunca le gustaron los deportes. Los detestaba, porque eso implicaba comunicarse con los demás compañeros. Y a ellos los consideraba inmaduros e idiotas. Habladores. Vacíos. Personas tan deleznable y tan comunes que el simple hecho de su existencia lo molestaba. Por eso se sentía bien por lo que hizo. Podría decirse que aquel sentimiento presente en Damián era orgullo. Un orgullo plano, satisfactorio que, desde el momento en que lo sientes, sabes que hiciste algo bien. Sin embargo, lo que hizo estaba muy lejos de ser algo bueno.



A simple vista, se podía notar lo cerrado y antisocial que era. También denotaba frialdad y poca preocupación por su imagen personal. Siempre usaba una camisa de lana con cuadros rojos y negros. A esta camisa siempre la acompañaban unos pantalones negros junto con unas botas del mismo color. Eran unas botas geniales, aunque ya estaban bastante desgastadas. Usaba también una chamarra negra. Muchos de sus compañeros se preguntaban por qué los cinco días de la semana siempre se veía exactamente igual. Incluso se burlaban de eso. La gente murmuraba en los pasillos cada vez que él pasaba. Sus compañeros de clase lo veían con repugnancia y rechazo, pero Damián hacía caso omiso de todo lo que le hacían porque él sabía que era diferente. Y por todo eso nadie intentaba hablarle, no. Le tenían un miedo peculiar: ese miedo que las personas tienen cuando se enfrentan a lo desconocido. Porque todos le temen a lo que no conocen. Y nadie conocía a Damián.

Aquel día era el inicio del tercer semestre de medicina. A las cinco y media de la mañana sonó el despertador cuyo clásico repiqueteo le alertaba que tendría que volver a su triste rutina y con esto ver a las mismas personas que tanto despreciaba. Se vistió con la misma ropa y acto seguido agarró sus libros y una libreta de pasta dura color café, metió todo en su mochila y salió de su casa. Sus padres aún dormían, y él no tenía la costumbre de saludar o, en este caso, despedirse de ellos. Tampoco podría decirse que a ellos les importaba. Siempre hubo una distancia considerable entre Damián y sus padres. Ellos lo veían como una persona más en lugar de verlo como su hijo. Después cerró la puerta con llave y la guardó en el cierre lateral

de su chamarra. Fue entonces cuando comenzó a pensar. Siempre había tenido pensamientos muy sombríos. Inhumanos, incluso. Por alguna extraña razón, tenía una obsesión con la muerte y todo lo relacionado con ella de una manera compulsiva. Mientras doblaba a la izquierda, comenzó a imaginarse las formas más atroces de morir. ¿Quemado? ¿Desollado? ¿Descuartizado? Nunca podía decidir. “Entre más lento, peor. O mejor. Depende de la perspectiva”. Pensaba mientras doblaba una vez más a la izquierda y escuchaba a los pájaros dar su primer canto del día. También, veía a las primeras personas que en sus automóviles manejaban apurados para llegar a su trabajo, o a los padres de familia que batallaban por dejar a sus hijos en la escuela. Ese era el caos de una mañana más camino a la universidad. Cruzó la calle cuando el semáforo se puso en rojo. Su colegio estaba enfrente. Presentó su credencial a los oficiales de vigilancia y entró.

En su salón había bastantes caras nuevas y él no sabía la razón. Pero, como siempre, sabía que iban a ser la misma clase de personas con las que ya había tratado antes. La primera clase del día fue la de anatomía en donde comenzaron a repasar el sistema circulatorio. A esta le siguió el laboratorio clínico en donde vieron teoría y práctica de cirugía. Esta combinación de clases despertó algo en él. Un deseo que no debió haber surgido. Comenzó a desear materializar sus pensamientos e ideas sobre la muerte. Quería matar a alguien tanto como una persona hambrienta quiere comer y sabe que tiene la posibilidad de comer. Era tanta su necesidad que dejó de prestar atención al resto de las clases y simplemente se mantuvo sentado, meditando y pensando en el plan para

hacerlo. Pero las ideas atravesaban su cabeza cual balas de ametralladora. No podía concretar la maquinación del acto. Solamente lo deseaba. Le urgía hacerlo. Esto provocó que su mente comenzara a desconectarse de su cuerpo y dejara de controlarlo. Los instintos comenzaron a tomar poder. Podía sentir la adrenalina fluyendo por sus venas y su corazón latiendo de una manera sonora y veloz. Podía percibir cada gota de sudor escurriéndose por su frente. No podía aguantar.

Pasaron las horas del día y la situación en la cual se encontraba Damián se agravó de una manera alarmante. Sonó el timbre de salida. Estaba demasiado ansioso y, súbitamente, dejó de razonar lo que estaba haciendo. Aquél inhibidor que nos impide hacer lo primero que pensemos gracias a la limitación, desapareció. Pero él seguía consciente de lo que hacía. Así como en los juegos de azar. Sabes lo que estás haciendo, pero no puedes determinar ni controlar lo que pasará a continuación. Así se sentía. Y quería hacerlo.

Se levantó de la silla, salió del salón y se asomó al pasillo. Y solo vio a una chica de su clase sacando unos libros de su casillero mientras escuchaba música con unos auriculares puestos. Parecía que tarareaba la canción. Estaba totalmente distraída y no se había dado cuenta que Damián estaba del otro lado observándola de la misma manera que un depredador observa a su presa. Entonces él corrió hacia ella. Cuando su compañera se dio cuenta de esto, era demasiado tarde. El joven de 19 años le propició un golpe tan fuerte en la mandíbula que la dejó inconsciente.

Diez minutos después, la chica despertó, desconcertada y aterrada, en una de las camillas del

laboratorio clínico con las manos y piernas amarradas. La movilidad era nula. Y fue en ese momento cuando vio a Damián, parado entre la camilla y las ventanas, de tal modo que lo único que podía distinguirse era su silueta. Desde la sombra, él la observaba fijamente con una penetrante y atemorizante mirada.

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué demonios estoy amarrada a una camilla? —dijo con voz quebrada al hombre en la habitación. Pero la única respuesta que obtuvo fue un macabro silencio que podía advertirle lo que pasaría a continuación. Fue entonces cuando comenzó a buscar entre los cajones guantes e instrumentos quirúrgicos punzocortantes. Puso en una mesa pinzas, tijeras y bisturíes de diferentes tamaños. Ella estaba insultándolo gracias a la desesperación, pero Damián disfrutaba la angustia de su víctima. Lo ponía más eufórico. Cuando terminó de preparar sus instrumentos y de colocarse guantes, fue cuando comenzaron los gritos. Agudos, acompañados de lágrimas y plegarias de misericordia. A medida que Damián se acercaba lentamente, ella gritaba aún más fuerte. Pedía ayuda, pero las cuatro paredes en las que se encontraba secuestrada no dejaban salir el ruido tan fácilmente. Luchar era inútil. Perdió control de esfínteres. Se tensó; su corazón bombeaba increíblemente rápido. Entonces Damián, con la sonrisa más maniaca y sincera que había tenido en su vida, tomó un bisturí. Comenzó haciendo cortes en el abdomen. Los aullidos de dolor eran horribles. Clavó unas pinzas en su intestino y las abrió, dejando así escapar la espesa y caliente sangre que fluía dentro de él. Escurría y caía al piso, lo que provocaba la emoción y satis-

facción en el perpetrador. Pero aún no terminaba: tomó el bisturí con la hoja más larga que encontró y lo clavó en la base del cuello. Bajó hacia el final del esternón haciendo un corte largo y profundo del que brotó una cantidad espantosa de líquido rojo que le manchó la cara por la fuerza con la que salió. Los gritos se habían convertido en sonidos de agonía. Metió las manos en el corte que hizo y, utilizando todas las fuerzas que la excitación del momento le proporcionó, separó las costillas a la mitad. Pudo ver sus órganos, en donde clavó dos tijeras y otro bisturí. Su respiración estaba agitada y su expresión facial denotaba locura. Vio las pupilas dilatadas de la mujer que acababa de asesinar brutalmente. Su cuerpo, inerte, había palidecido un poco. El silencio reinaba en el laboratorio. Damián se sentía satisfecho. Se había tranquilizado. Volvió a la seriedad que demostraba todos los días mientras se quitaba los guantes y los guardaba en su pantalón. No quería que lo encontrasen. Se limpió el rostro. Después, agarró sus cosas, trepó en un mueble e hizo un gran esfuerzo para salir por la ventana que daba al jardín, en donde no había nadie. Salió por la parte de atrás de la universidad evadiendo a los guardias. Caminó de la manera más normal a su casa. Entró, se acostó en su cama y se quedó dormido. Estaba bastante cansado.

Pasaron tres meses. Naturalmente, hubo una investigación en la escuela, protestas, luto y múltiples eventos en relación con el asesinato. Pero jamás se descubrió al culpable. Damián siguió con su rutina como si nada hubiera pasado. Lo único que había diferente eran los sueños. Comenzó a soñar cosas inusuales. Soñaba con su víctima. Pero no con el asesinato, sino con su compañía.

Platicaban de sus vidas, reían y paseaban en lugares que su subconsciente creaba. No obstante, los sueños se hacían más sombríos conforme avanzaba el tiempo. Salía con la chica, pero ella se veía de la misma manera en la que la dejó muerta en la camilla. Ensangrentada, con los ojos vacíos y la boca entreabierta. Cabello maltratado; con las violentas heridas que él le había hecho. Y la mujer le hablaba, pero él no entendía lo que decía. Como si estuviera hablando en otro idioma. Comenzó a tener pesadillas con mayor frecuencia. Estando despierto, la paranoia lo empezó a cazar. Creía oír una voz. La misma voz que escuchaba en sus pesadillas. Sin importar dónde estuviera, podía sentir los susurros incomprensibles que resonaban en sus oídos. Las visiones también llegaron. En su vista periférica, podía ver el desalmado, pútrido rostro del cadáver que tanto lo atormentaba. Su seriedad diaria comenzó a transformarse en un agobiante pánico. Era tanta la tortura que dejó de dormir. Llegaba a la universidad cada vez con más miedo y más cansancio. El martirio de cada día se estaba volviendo insoportable. Él sabía que, tarde o temprano, iba a tener que descansar. Que su cuerpo cedería, y no podría hacer nada al respecto. Y así fue. Un día, en la clase de inmunología, fatigado, cayó dormido. Comenzó a soñar.

En su sueño, despertó y lo único que vio en ese momento fue obscuridad. Se dio cuenta de que estaba recostado en un suelo mojado. Mientras intentaba averiguar qué estaba pasando, apareció una tenue luz arriba de él y comenzó a alumbrar su alrededor. Entonces, se percató de que el líquido que yacía en el piso no era agua. Era un fluido color negro, viscoso como la brea. Extrañamente

no podía ver su reflejo en esa curiosa substancia. Cuando levantó la cabeza, vio a la mujer parada a tan sólo unos metros de él, estática y con la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda. Damián se paralizó. Quedó boquiabierto al ver lo atemorizante que se veía la chica. Para este momento se había dado cuenta que había cometido un grave error; el peor de su miserable existencia. Estaba excesivamente aterrorizado. Las manos le comenzaron a temblar rápidamente y sus dientes castañeteaban. Sus ojos estaban fijos en las dilatadas pupilas de su víctima, quien ya había comenzado a dar pasos cortos hacia donde él se encontraba. Gritaba, pero la voz no salía de su boca. Intentaba moverse, pero su cuerpo no respondía. Se sentía impotente; sabía que solamente estaba ahí para verla acercarse, para verla destrozarlo lentamente de la misma manera en la que él lo había hecho. El cadáver comenzó a sonreír. Él estaba inundado de pánico y desesperanza. Sudaba frío y podía sentir cómo su corazón trabajaba de una manera sobrehumana. A medida que la chica caminaba, las facultades mentales de Damián se bloqueaban. El temor crecía y sentía que se iba a desmayar. Se acercó hacia él a una distancia mínima. Tan cerca que el chico podía sentir lo gélido que el cuerpo de su víctima se encontraba. Percibía el olor a muerto y a sangre. La mujer levantó pausadamente su mano dirigiéndola hacia el rostro de su asesino. Entonces, la luz que iluminaba tan escalofriante escena se apagó. Acto seguido, un grito ensordecedor salió de la boca de la mujer. Damián desfallecía de miedo. El grito se transformó en cientos, miles de aullidos exactamente iguales que resonaban por todos lados llegando atronadoramente a los oídos

del joven. Comenzó a sentir cómo ese líquido en el que estaba recostado subía a su cuerpo y se adhería a él. Llegó a sus ojos, nariz y boca; se metió en ellos llenando su cuerpo y cubriéndolo por fuera, pero aún escuchaba los desgarradores gritos. Repentinamente su pesadilla se terminó y despertó gritando. Gritando y confesando la atrocidad que había cometido. Su conciencia, al intentar carcomer su realidad y destruir su existencia, lo hizo sentir más vivo que nunca.

Penumbra: **El camino de la purificación**

Carolina Campos

Si mueres, te llevaremos con nosotros.

Diego siempre creyó que la bendición de pertenecer a una religión era que, aunque cometiera pecados, habría un ente que lo podría perdonar, y así no se tendría que hacer responsable de sus actos. Este raciocinio, incoherente a los propósitos reales de una religión, le permitió tener una mente calma a lo largo de su vida al cometer actos impuros. Cuando golpeaba a su hermano, la primera vez que engañó a su esposa, y un último suceso que lo haría verdaderamente un pecador. Un suceso del que no se acordaría hasta mucho después de darse cuenta repentinamente que no sabía dónde estaba, ni por qué estaba en un ascensor con su vestimenta manchada de sangre.

Los ruidos inusuales mecánicos despertaron a Diego inmediatamente. Al abrir los ojos fue cuando se percató de que estaba ascendiendo rápidamente en una jaula de acero oscura, parecida a aquellos elevadores antiguos. El movimiento le empezó a causar angustia. No sabía dónde estaba y parecía que el elevador no tenía principio ni fin. Peor aún, no sabía si la sangre era suya, o de la mujer inconsciente enfrente de él. ¿La habré matado? Pensó mientras observaba su rostro. Aunque no podía reconocer a la joven, tenía la esperanza de que tal



vez ella supiera dónde estaban o cómo llegaron allí. Por supuesto, en su mente, fueron colocados juntos por una razón. Intentó recordar qué es lo que hizo ayer o el día anterior, pero no recordó nada. De hecho, no podía recordar nada más que la mínima sensación de que había hecho algo terriblemente mal, y que en el momento en que saliera de ese ascensor, estaría en un lugar lejos de Dios.

De vez en cuando, el ascensor pasaba por una pequeña apertura, a través del cual podía ver fuera del edificio, o donde sea que estuviera. Vio un hermoso amanecer sobre un bosque verde tropical, que lentamente se estaba deshaciendo de una espesa niebla. Casi parecía como si la niebla tuviera vida propia, retrocediendo a otra parte, escondiéndose de los rayos del sol. La mujer que estaba delante de él se quedó sin aliento y se sentó, respirando pesado y aparentemente sin consciencia de dónde estaba, igual que él.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué no puedo ver? —dijo la desconocida mientras movía sus brazos débiles, tratando de familiarizarse con su entorno.

—No lo sé. Parece que estamos en un bosque, una jungla tal vez. — le respondió el desconocido, manteniendo una distancia considerable.

¿Cómo lo sabes? ¿Nos estamos moviendo?

No respondió. La desesperación de la mujer comenzó a molestarlo, era claro para él que ella sabía lo mismo o menos acerca de la situación que él, haciendo obvio su inutilidad para salir de ahí. Diego la observaba mientras sollozaba con fastidio. Con una cara seria seguía viendo como retrocedía la niebla del bosque cuando de pronto, empezó a ver personas en la superficie. Unos momentos después, el ascensor se detuvo y el suelo se iluminó

color rojo y las puertas se abrieron. La mujer detuvo sus lágrimas en cuanto se percató de esto.

La primera vista a través de las puertas recién abiertas fue un pequeño grupo de personas que estaban cuidadosamente vestidas con ropa blanca con un triángulo negro en el centro de su torso. Alrededor de dos o tres extendieron sus manos hacia ellos y saludaron.

—Bienvenidos, amigos —dijeron sonriendo— han estado aquí por una razón. Dios los acompañe. Estamos aquí por ustedes.

Sin embargo, a pesar de la fraternal bienvenida, Diego todavía no tenía idea de lo que estaba haciendo ahí. No respondía a la pregunta de por qué estaba ahí, quién era esa dama o por qué no podía recordar nada de su vida, excepto el sentimiento recurrente de que algo malo lo esperaba.

Al pasar por las puertas se dio cuenta de que el lugar era hermoso. Le recordó esas lujosas fotos de hoteles cercanos de la playa. En verdad era un lugar bello, con unos árboles verdes, flores de colores y un paisaje maravilloso. Vio enfrente de él más personas, caminando lenta y cuidadosamente, como si en cualquier momento esperaran que pasara algo. Tal vez ellos sienten un miedo inexplicable, pensó Diego. Intrigado acerca de dónde descendió, miró hacia atrás y vio una torre elegante tocando las nubes de color hueso, con un balcón del que emergieron unas figuras. Parecían ser dos mujeres y un hombre, todos mayores de edad, simplemente mirando hacia abajo, observándolos. Siguió a las demás personas por el camino de arena, hasta llegar a otro espacio bello con mesas y sillas blancas. De pronto, la gente a su alrededor empezó a suspirar con alivio, como si estar en un lugar incómodo

desconocido fuera lo mejor de sus vidas. Diego intentaba recordar sus momentos más felices, pero no podía recuperar ninguna memoria.

Al sentarse, los mismos individuos que había visto a distancia en aquella torre pálida se encontraban en un podio enfrente de los demás. Parecían estar alegres, satisfechos con verlos reunidos; y eso fue precisamente lo que expresaron en el discurso dado por la mujer de tez morena. Expresaron que se sentían cumplidos, que había pasado mucho tiempo y paciencia para que pudieran estar aquí para llevar acabo lo que ellos llamaron “el final merecido de cada uno de ustedes”, seguido por lo mismo que le dijeron a Diego al llegar, que había estado ahí por una razón. ¿Qué razón será esa? Se preguntaban todos en su mente. Después de unos aplausos, se retiraron nuevamente.

—Bien, ahora les mostraremos nuestro paraíso, creado por ustedes mismos. Disfrútenlo —dijo un joven de vestimenta blanca. Todos se levantaron de sus asientos y siguieron a unos guías sonrientes, ansiosos por ver en qué maravilloso lugar habían quedado. Diego, escéptico de toda la escena, los siguió también, ¿por qué no? Además, tenía una extraña sensación de que una tormenta se acercaba...

Y así fue, les mostraron el hermoso paisaje, las flores de todos los colores, sólo imaginables en sueños, y ríos con vibras relajantes que los huéspedes realmente disfrutaron. Mientras apreciaban la misteriosa selva tropical, Diego vio a la mujer del elevador nuevamente, pero esta vez estaba en brazos con un hombre mayor, posiblemente con su marido, pero ¿quién sabe? la mitad de la gente aquí ni sabe quiénes eran, y mucho menos recor-

daban con quién tenían relaciones íntimas como pareja. Sin embargo ella parecía feliz, al menos se veía más estable que cuando la vio en el ascensor, así que Diego sólo observó, y apartó la mirada tan pronto como lo vio. Suspiró. ¿Debió decirle algo? Mientras pensaba en el silencio que hubo en su primer encuentro, poco tardó en percatarse que ese mismo silencio se presentaba afuera en este bosque. Claro, qué iba a saber un hombre como él, pero hasta donde recordaba, o al menos él pensaba, en los bosques había pájaros, animales, insectos. Y no podía escuchar ni ver nada de lo que creía que estaría en un bosque, o en cualquier paisaje silvestre para el caso. Es más, no podía sentir la humedad, ¡ni había nubes en el cielo! En ese instante Diego supo que algo estaba fuera de lugar. Donde sea que estaban, realmente no era natural, y más importante, no veía una posible salida, o escape de cualquier tipo, únicamente aquel ascensor.

Con la constante y agonizante idea de que todo esto estaba hecho demasiado sintético para ser real, no podía disfrutar de lo que todos los demás estaban viendo. Como si todos los demás estuvieran siendo cegados ante dónde realmente estaban, como si hubieran sido drogados para ver únicamente lo que querían ver. Y con cada paso que daba, parecía olvidarse cada vez más de sí mismo. ¿Cuál era su apellido? ¿Era Hernández? O tal vez Mazda? Ya no podía estar muy seguro. Se sentía como una tortura psicológica sentirse constantemente incómodo y ajeno a sí mismo. Pero ¿cómo es posible? ¿Tener una sensación tan horrorosa en un lugar tan precioso como éste? Se preguntaba por qué nadie más se estaba sintiendo así. ¿¡Por qué nadie dice nada!?. Parecía ser un

pecado distraerse en la mente de uno rodeado de tanta belleza, y no poder satisfacerse a gusto. Ese mismo sentimiento tan familiar que lo carcomía por dentro se hizo más fuerte, tan pronto como el sol comenzó a bajar.

Después de un día de explorar lo que había más allá de la torre blanca, los de traje blanco se reunieron en círculo agarrados de la mano, rodeando a los otros. Los invitados comenzaron a amontonarse y por pura suerte, D vio a la mujer del ascensor nuevamente, con cara inocente de confundida. Pensando que nunca la volvería a ver otra vez, agarró del brazo y dijo —Algo no está bien, tenemos que irnos. No sé qué es este lugar, pero ya no recuerdo nada de mí, sólo mi miedo. —En cuanto dijo esas últimas palabras, la mujer se paralizó, como si hubiera dejado de respirar siguiendo viva, como una máquina. Lo vio con seriedad extrema, su cara había cambiado. Sus ojos negros, su tez gris como si estuviera muerta. Mientras le agarraba el hombro, dijo la criatura con una voz inhumana: “Has entendido, tu castigo es aquí, pronto vendrá la montaña y podrás pagar tu penitencia”. D no lo podía creer. Al fin había entendido todo, cegado por la luz de la verdad.

—Vengan y únense con las esferas de la luna, el sol, y las estrellas habidas y por haber para seguir el ciclo —dijeron los hombres de trajes blancos, justo antes de transformarse en criaturas horribles, rompiendo la delicada ropa blanca que los cubría momentos antes. La gente comenzó a correr, a gritar nombres que D nunca había escuchado antes. Y de repente lo vio. El niño. La razón por la que estaba atrapado en ese limbo infernal. Al reconocer al chico, lo recordó todo. Su nombre completo era

Diego Felon, tenía 34 años, vivió en Irán durante 10 años y poco antes de su muerte, había asesinado brutalmente a un inocente mientras conducía. Al principio, por accidente, no había visto al niño, pero temiendo dejar testigos, Diego ignoró los gritos del pobre joven y condujo una vez más sobre el cuerpo, aplastando su cabeza en el camino. Lágrimas comenzaron a salir de los ojos de Diego. No lo podía creer, ¿cómo pudo haber hecho eso? No fue él, nunca le haría eso a un pobre chico. Pero ahora lo tenía frente a él, desfigurado, con la cabeza mal puesta y derramando en sangre, con la cara de una bestia, acercándose a él para su venganza, para comerle su alma, para comerlo a él.

Y así sucedió con todos los “invitados” del paraíso endemoniado. Sólo quedaron criaturas satisfechas. Nuevamente llegó la neblina, para purificar el paraíso maligno de su inmundicia, y para dar a las criaturas su forma inocente una vez más. y en la distancia, tres seres observaron mientras el sol salía de nuevo, y los sonidos de un ascensor descendiendo con la presencia de un hombre pecador con el nombre de Diego una vez más.

Inspirado en los relatos zoroastrianos de los libros de Gathas, Yasna:31.20

Qué bonita Navidad

Juan Pablo Rosado

Sus gritos me aturdían y sonaban como un eco sin dejarme pensar .

—¿Ethan por qué lo hiciste? —una oración interminable e irritante que hacía arder aún más odio dentro de mi. Yo sólo quería paz, pero al parecer conseguí hacer más revuelta de la que quería ocasionar. La imagen se hace más nítida y ya no es un eco es la voz clara de mi esposa Sofía que me decía —¡sólo son unos niños!, ¿por qué? —me decía entre tantos sollozos.

Aún hay tiempo. Aún hay tiempo de arreglarlo. Aún hay tiempo, aún hay tiempo. Son las ocho pm, aún hay tiempo.

Todo era distinto esa cálida mañana de diciembre en donde todos se quieren y viven felices en armonía, con anhelo de paz, fiestas y de empezar bien el año. Yo soy un hombre alto para el promedio (mido 1.83) mi cabello es negro y muy chino, soy un poco delgado, pero siempre he sido muy atleta. Mi esposa Sofía y yo vivimos en una privada en una zona apartada en Toluca. Nuestra casa era el número tres de cinco en total y estaba centrada, tenía un gran portón café, a un lado el garaje para estacionar nuestro coche, era una casa pequeña ya que solo vivíamos mi esposa y yo, constaba de dos recamaras, la cocina, el comedor, cuarto de huéspedes (regularmente usado por mi madre), comedor, sala y un pequeño jardín donde mi espo-



sa se creía una gran jardinera. Yo era un hombre tranquilo y disfrutaba de los domingos viendo los partidos de fútbol con una fría cerveza en mano y mi esposa a lado.

Habíamos comentando eventualmente la idea de poder tener hijos, pero nunca lo habíamos platicado bien. Esta incertidumbre siempre nació en mi esposa al ver a nuestros vecinos Luis y Diana, que tenían gemelos de tres meses de edad a los cuales Sofía adoraba con toda el alma.

Se acercaban más las fiestas, todo el mundo era feliz, pero... yo empezaba a tener minúsculos problemas con mi esposa; “Se acercaban las fiestas y yo seguía trabajando mucho” o “Que ya no estaba para ella” e incluso llegó a haber una discusión en la que me acusaba de tener una amante (lo cual era falso por supuesto).

Al fin llegaban las fiestas y pude ya librarme del trabajo, pero las cosas no estaban del todo bien con mi esposa. Parecía que mientras más feliz era la gente, peor nos iba a nosotros.

Este día, el maldito día, veinticuatro de diciembre. Luis y Diana iban a ir a salir a comer juntos y en la noche a cenar con sus familias, así que nos pidieron que si podíamos cuidar a sus hijos y más noche ellos pasaban por ellos y mi esposa accedió con mucho gusto, pero yo a regañadientes porque tenía planeada una comida-cena romántica sorpresa para mi esposa.

Fue en ese momento en donde se empezó a dar todo el problema, mepecé a malhumorarme porque estos niños, no lloraban; ¡reían todo el tiempo!

Ahí descubrí que la risa de los bebés era mucho más irritante que su llanto ya que éste sí cesa.

Discutí con Sofía, no entendía porqué había aceptado a los bebés sabiendo que yo estaba muy cansado y de una cosa saltamos a otra y ella se fue, dijo que necesitaba tiempo para respirar y calmarse un poco y sugirió qué yo hiciera lo mismo.

Al salirse los bebés se reían aún más fuerte, era más irritante, más odioso, todo de repente colgaba de un hilo. Mi cordura dependía de aquel hilo. De pronto todo estalló; caminando me pegué con la esquina del sillón y por el gesto que hice los bebés soltaron a carcajadas. En ese momento todo se fue al demonio, no se si fue la intensidad, la cadencia, el tono o algo de aquellas risas que las hacía insoponible. Ya no podía más, sólo quería silencio, nada de ruido, quería paz. No podía pensar, me faltaba el aire y se me nublabla la vista, todo a culpa de esa incesable risa. Yo sabía que tenía que hacer algo, tenían que guardar silencio, sin importar como. Algo tenía que hacer. Me acerqué a ellos y cerré los ojos.

Al pasó de una hora todo era paz, no había risas, no había peleas, solo estaba yo y mis pensamientos, al fin podía pensar. Sentirme como el agua en el mar, dejándome llevar por las olas, tanta quietud, tanta perfección.

Fue entonces cuando otra vez hubo ruido, se interrumpieron mis pensamientos. Era Sofía, entrando otra vez a la casa.

Al verme gritó horrorizada, supo de inmediato que lo había hecho. Fue en ese momento en donde escuché los gritos aturdidores, aquella oración interminable, aún había tiempo.

Me seguía preguntando que qué le íbamos a hacer a este desastre, que como pude hacerlo, pero entre tanta palabrería su voz solo sonaba como

una risa, aquellas risas insoportables. No cesaba, no se callaba, no se detenía y algo tenía que hacer. Fue entonces que sólo la abrace y le dije que yo lo resolvería.

Cerré los ojos y hubo paz de nuevo.



Sabor a tierra

Marco Emilio Luna

Mi nombre es Alejandra, es lo único que se de mi, es lo único que retengo de mi pasado. Un ser que existe se construye a base de sus memorias, de su pasado...yo solo soy carne sin recuerdos; Lo bueno de no poseer recuerdos es que soy libre de ser quien yo quiera, adoptar la identidad que me plazca en esta carne morena e insulsa. "No hay nada más ridículo que la carne.

Estoy acostada boca arriba, sobre un sillón de segunda mano color esmeralda, vivo en una pensión hedionda, con un hedor a madera podrida que penetra e inunda hasta el más bello e inocente de los objetos. Todo lo que llega aquí, llega a morir. Comparto mi morada con los insectos, con la madera mojada que parece exhalar como si un horrible monstruo se escondiera tras ella y con un insoportable, pero familiar olor a sudor, semen y sangre...y libros, esos pequeños trozos de sueños que me dejan escapar a tierras distantes y adoptar distintas identidades.

Esta es la última parada de todos los desahuciados, de los locos, de los artistas del desastre y de mí: Una prostituta. No recuerdo cuando comencé a ejercer este trabajo ¿Cuándo tenía 14 o 15 años? Actualmente tengo 28 años y conozco a la humanidad mejor que muchos sabios, doctores y filósofos, conmigo todos muestran su verdadera naturaleza, se quitan la máscara de hombre y dejan ver al monstruo. Doctores, padres de familia, estudiantes, di-

rectores, hasta sacerdotes han cruzado esa puerta. Al cruzarla, dejan detrás de ella ese enorme saco de hipocresía, sus normas de comportamiento, sus valores, su Dios; Nada entra aquí, salvo el fango de sus mentes y la perversión de su mirada. Aquí es donde ellos pueden ser libres.

No hago este trabajo porque me guste, sino porque nunca aprendí hacer otra cosa. Ser mujer te permite escalar muy poco en esta ciudad podrida y si eres libre y sabes leer estas condenada. A veces creo recordar a mi madre, no, no puedo llamar recuerdos a esas memorias propiamente, por que no los siento míos, es como ver una película en mi mente y nada más: una mujer alta, morena, atractiva según parece, pero no veo su rostro. Otras veces, me llegan imágenes de mi madre tomándome de la mano, entregándome a un hombre y cerrando la puerta negra de la alcoba para conseguir dinero para sus bebidas.

Salgo a la calle a fumar un cigarrillo y camino de noche por esta necrópolis.

La calle huele a orines y gasolina...toda la ciudad huele así, a lo lejos vislumbro una sombra negra echada en la banqueta, como una costra asquerosa sobre el pavimento. Es un hombre y nada más, demasiado débil para morir por su propia mano y lo suficientemente insignificante como para que la muerte le llegue del exterior. Ese es el precio que debemos pagar, los desahuciados y hediondos, El temor a existir nos hace padecer el efecto contrario, sentimos con mayor intensidad, cada bocanada de aire pincha con un dolor insoportable, cada escupitajo, cada patada, cada mirada de asco duele como si fuera la primera y por eso nos vemos obligados a recurrir al vicio, a los placeres, al alcohol,

a la lujuria, a robar y engañar, cualquier cosa que nos permita escapar de nuestra existencia.

Me siento en el banco de un parque a cerrar los ojos y escuchar el barullo de la ciudad. Algo que padecen las ciudades son los ayeres, todos los días sin excepción es el mismo ayer, la misma rutina monótona con ligeros cambios que dan la ilusión de vivir. Hoy se escuchan los claxon, los motores de los autos, ambulancias, se escuchan los bares, el chocar de los cubiertos, las risas falsas, gritos, llantos, hoy es un partido de futbol mañana será una pelea de box y ayer ¿qué sucedió ayer? Cuando la vida carece de forma, recordar se vuelve algo tedioso.

Regreso a casa y miro el reloj 10:35 pm. Enciendo la luz y un matiz amarillo, parecido al que toma la piel cuando está enferma, invade la habitación. Tomo una botella de vino barato, que está debajo de la mesa con aspecto a una cucaracha boca abajo como si la acabaran de pisar, la abro y mi sirvo un poco en una taza sucia de lo que parece café y bebo. La luz amarillenta la da una visión doblemente mórbida a la habitación, como si fuera el cadáver de algún ser amorfo, lleno de costras y salpicado con manchas verdes y rojas. La madera levantada y podrida me devuelve una mirada negra y vacía como las cuencas de los cráneos. Me empecino en beber, sabe a tierra y deja una sensación desagradable en la boca, pero es lo único que me permite olvidar, lo único que me permite dejar de pensar...

Me despierta un horrible martilleo en la cabeza, por las ventanas se cuele un espantoso sol grisáceo, las nubes se acumulan formando siluetas fantasmales y el cielo huele a lluvia y sal. Será un día melancólico para aquellos que tienen memoria,

para mí no, el pasado es un lujo de propiedades, para mí solo es un Sábado más.

Me acerco al espejo que tengo sobre la puerta del único armario que poseo y contemplo ese túmulo de carne que se hace llamar “yo”. Tengo una melena negra que cae sobre mis hombros como la cabellera de medusa, con movimiento y como si estuviera dotada de vida propia, dos ojos grandes y alargados similares a dos gotas de lluvia que ven todo con el mas mínimo detalle y que todo les produce un efecto nauseabundo, mi cuerpo sinuoso, color miel me recuerda a las dunas de los desiertos del caliente Egipto que tanto he visto en libros sobre los escaparates de las librerías, una vez un sacerdote había llamado a la parte de mi trozo, que le caían gotas pesadas de sudar “caminito de jerez”.

Un golpe en mi puerta me despierta súbitamente, es Magdalena, una anciana de 76 años olvidada por sus hijos, y cuyo esposo había muerto víctima de Cáncer hace 4 años por falta de dinero para continuar con el tratamiento, ella ocupaba el cuarto a lado del mío y sus paredes siempre desprendían un olor a heces y a humedad...un olor a vejez.

—Alejandra, querida. Un hombre pregunta por ti, Lo he hecho esperar allá abajo ¿le digo que suba?—

—Si Magdalena, dile que suba. Ahorita lo recibo, Gracias.

Escucho como se aleja arrastrando los pies lentamente por el pasillo, una broma cruel lo que es tiempo, te pasas tu vida trabajando, cargado de normas sociales, buscando ganar más dinero, para terminar en una caja de madera y siendo alimento de gusanos. Eso somos, alimento para las

pestes que tanto odiamos, cada día nos parecemos más al cadáver en el que nos convertiremos y no somos conscientes hasta que ya es muy tarde.

Me dirijo rápidamente al baño, me lavo la cara, me pongo un labial color vino y me coloco un vestido verde oscuro que resalta la curva de mis senos y de mi cadera.

Al abrir la puerta me devolvió la mirada los ojos de un búho, sobre el rostro de un hombre maduro, debe de haber tenido unos 50 años, su cabello era un lienzo café salpicado en mayor medida de una nieve blanca y fina, tenía esos enormes ojos rojos hundidos en la tristeza y en la desesperación, emanaba un fuerte olor a canela y usaba un saco café de sastre, pero usado, desgastado con el tiempo. Su rostro era un hermoso cuadro vanguardista. Me mira gravemente, con un hermoso rostro de hombre, gastado, agrietado, un rostro de sabio, de alguien que comprendió la vida y dominó sus pasiones. Posee todas esas hermosas arrugas: las barras transversales de la frente, las patas de gallo, los amargos pliegues de la boca. Es una persona que ha vivido y se merece todas esas arrugas, su rostro es una amarga y dulce experiencia para mujeres y jóvenes. Noto que esta mojado, afuera comenzó a llover, y esa esencia de tierra mojada y flores muertas sube desde lo más profundo de la tierra y sube lentamente impregnándolo todo de un efecto etéreamente bello.

Por primera vez, en 28 años, deseo que un hombre me posea.

Me acerco a él, cierro la puerta de tras, un segundo después me agacho y mi rostro queda a la altura de su entre pierna —La paga vendrá después—, pensé. Después tomo con mis manos y la

hebilla de su cinturón y aquel hombre fuerte como un toro que parecía indomable hace un segundo, se derrumba ante mí y comienza a sollozar.

—Mi hija acaba de morir hace dos días —dice gimiendo—. El día de hoy fue su velorio, me presenté y todos ahí, mi exesposa, sus amigos, todos me dirigían miradas recriminatoras como si yo tuviera la culpa...tal vez tengan razón ¡todo es mi culpa!

Abrazo a este hombre que despierta en mi compasión y deseo, le ofrezco mi hombro para llorar y dejo que sus lágrimas corran por la piel desnuda de mi brazo. —Ya cariño, estoy segura que no fue tu culpa, háblame más sobre esta chica... —Sofía me contesta, recuperando un poco su voz—. Tenía 21 años, estaba estudiando medicina. Había venido a verme hace una semana, a contarme acerca de un intercambio a los Estados Unidos, ella estaba muy emocionada pero su madre no estaba de acuerdo, decía que no podía irse lejos, que no podía dejarla sola. Fue a verme en busca de ayuda, accedí a costearle el viaje. Fue a un bar con unas amigas a celebrar hace uso días y de regreso a su casa... en el volante... ella... ella. Perdió el control de nuevo y se arrojó al suelo como un niño.

¡Vivo solo! Perdí a mi hija, mi esposa me abandono ¡el dinero cada vez alcanza para menos! Venía saliendo de la iglesia, cuando encontré un billete arrugado en el fondo de mi saco y ¡en que me lo vengo a gastar! —En compañía— dije de repente.

Me levanto y miro la escena, todo me desprende un sentimiento cálido y me produce un escalofrío insoportable, como si la escena estuviera cubierta por un fino velo negro. Me dirijo a la cocina y noto sobre el piso frente a la puerta un ramo de flores.

¡Son bellísimas! —le digo, desviando la mirada un poco, temiendo la respuesta. ¿Qué es esto, compasión? ¿Lastima? Eran para mi hija, no me he atrevido a dejarlas.

—Bueno, las dejaré aquí —tomo un vaso grande de vidrio de la cocina, lo lleno de agua, coloco las flores y las dejo sobre la mesa. Me dirijo nuevamente a la cocina, saco otra de esas botellas de vino a sabor a tierra, a falta de algo mejor, y le sirvo una a mi inesperado acompañante y a mí. Nos sentamos en el sillón, mirando a la ventana, observando caer las gotas sobre esta necrópolis que no permite que nada bueno entre en ella, todo lo corrompe, todo lo destruye lentamente. Miramos la calle desierta largo rato y hablamos. Hablamos sobre su hija, sobre su vida, como había dejado atrás su juventud por dedicarse a trabajar. Como se había separado de su esposa hace 10 años debido a infidelidades que ella había cometido. Había dedicado su vida a trabajar, vivir para trabajar. “La vida sin placeres, no es vida sino tormento” me dijo en un momento de la tarde.

Después de largas horas de beber y platicar, de tantas cosas que incluso me parece improbable que ese ser delicado y demasiado humano haya sido yo, nos despojamos de toda barrera que ataba la carne. Yo con lujuriosa sed, que sentía con cada poro de mi piel, recorrí con mis húmedos labios cada rincón de ese templo en ruinas, mientras el, con sus delicadas yemas, recorría cada sendero de este desierto, entregado a tantos. Rasgamos cortinas, sabanas y carne por igual, como si una flecha encendida en llamas nos hubiera sofocado a los dos y fuera necesaria liberar tanto calor, resentimiento y líquidos resguardados, para al final cerrar de

manera renacentista con un éxtasis como el de Santa Teresa.

Después de yacer los dos juntos sobre la cama, se levantó sin decir palabra alguna y se dirigió al baño. Yo me puse la bata que suelo usar cuando estoy en servicio y salgo a fumar un cigarrillo.

Pienso en lo que acaba de suceder, en ese individuo desesperado allá arriba, su desesperación viene de la pérdida de algo, poseyó algo para bien o para mal, pero ¿Qué hay de quienes no poseemos nada? Yo no tengo un recuerdo al cual aferrarme en momentos de soledad, no tengo una excusa para huir, para sentir. Solo tengo mi cuerpo, mi mente no me pertenece, más de una vez me juega malas pasadas ¡como desearía ser igual a los cochinos! A esos hombres que van jugando a hacer el bien y solo son unos mezquinos, no piensan en nada que no puedan ver más allá de sus horribles narices.

Subo arrastrando mis pies por los escalones, al entrar en la habitación un olor a metal me golpea de golpe, busco con la mirada al hombre que acababa de desnudarme su alma y su cuerpo, pero no lo encuentro. Toco la puerta del baño sin obtener respuesta, espero un par de segundos más y abro uno de los cajones del buró junto a la cama y saco las llaves que tengo de la habitación; aun sin ser muy consciente de la situación y sin dar mucho crédito a lo que mi mórbida imaginación estaba conjugando, abrí lentamente la puerta de madera para encontrarme con una escena Dantesca: Un hombre desnudo, que hace apenas 20 minutos parecía físicamente sano, colgaba a 15 centímetros del suelo, sujetado con lo que parecía un cinturón, sus ojos que antes me habían parecido hipnóticos, estaban abiertos, totalmente blancos dirigiéndome una

mirada espectral que calaba los huesos, su boca estaba abierta y de ella goteaban gruesas gotas de saliva. Se mecía de una forma horrible, como el pequeño péndulo de un reloj manipulado por una fuerza sobre natural. Ese ridículo y ruin pedazo de carne hace unos minutos estaba provisto de vida, no pude dejar de pensar en los gritos ahogados que esa boca, ahora abierta en una horrible mueca, arrojaba mientras yo estaba abajo, demasiado egoísta pensando en mí, en mis carencias, en mi cuerpo...

Desperté, solo recuerdo que me vinieron por el cuerpo, y me hicieron un par de preguntas, pero no recuerdo más sucesos del día anterior, los tengo borrosos. Me puse el vestido más decente que encontré en mi armario, un vestido blanco entallado, que igual que todos, resalta la sensualidad de mi cuerpo; pero no le di mucha importancia y por primera vez en 28 años, me dirigí a una iglesia, no sabía muy bien porque lo hacía ¿Morbo? ¿Curiosidad? ¿Buscar algo que llene mi eterno vacío? No lo sé.

Entro a la iglesia, un ostentoso recinto, con una arquitectura del estilo gótico e imponente; al cruzar la puerta noto mi primer error: era Domingo. Al escuchar el sonido que mis tacones hacían contra el suelo de la iglesia, todos dirigieron su mirada hacia mí, las madres, las mujeres, con recelo, miradas furibundas cargadas de odio, los padres, miradas picaras, lujuriosas, con ojos nerviosos siento como recorren mi cuerpo, me dan asco.

Me siento en la parte de atrás de la iglesia, lejos de la mirada de todos, escucho la misa, sin prestar mucha atención, es como si escuchara todo a través

de un filtro que me impedía entender las palabras, debes en cuando me llegaba un Mea Culpa, nuestro salvador, su sangre, sálvanos señor, piedad, tener piedad. Para mis oídos era más una antesala al tártaro que una iglesia.

Cuando el padre ofrece la confesión, me formo hasta atrás de fila, evitando hacer contacto visual con los presentes, cuando al fin llega mi turno y levanto el rostro para recibir el cuerpo de Cristo, veo al padre y siento una fuerte ola de miedo azotando mi cuerpo, era una horrible mirada cargada de deseo, de morbo, de perversión. Dirige sus ojos sin menor discreción a mis senos, mi cadera, mis piernas. Si el diablo existía, sin duda así lucía.

Regreso a casa, agitada, las puertas que sostienen mares infinitos abren y lágrimas cargadas de tristeza caen sobre la madera hinchada y podrida, lloro por mí, por las almas solitarias, por los muertos de hambre, pido perdón en nombre de la humanidad, lloro sin razón, lloro por nadie y por todos. Llaman a mi puerta con furia, me enjuago las lágrimas, respiro unos segundos y la abro. Es ese maldito pervertido, pederasta de la iglesia, aquel que se digna a alabar a Dios con su boca podrida y palabras blasfemas. Seguro me siguió hasta aquí el muy cochino. No dice nada, solamente me toma del cuello con ira y mete su nauseabunda lengua de ciempiés en mi boca, siento como se mueve dentro de mí, agitando sus patas, retorciéndose en mí, me resisto, pero me arroja al suelo y me mete un puntapié en las costillas que me saca el aire, intento arrastrarme hacia la cocina, pero este animal me toma del cabello y estrella mi rostro contra el suelo, se me nubla la mirada y noto como pequeñas gotas de un líquido caliente brotan de mi nariz, se

acerca a mí con su horrible cara putrefacta y lame mi cuello, hasta llegar a mi oreja, me levanta con una fuerza bestial y me arroja contra la cama, me abofetea un par de veces, se sienta sobre mis brazos con todo su peso, impidiéndome mover, se acerca a mi oído y con una voz gangosa me susurra –La piel, igual que las flores, es más hermosa cuando su marchita.

Vuelve a meter ese asqueroso insecto en mi boca, siento un fuerte horror y terror y muerdo al animal hasta que un sabor a sangre inunda mi boca. El cerdo se echa hacia atrás dando gritos de dolor similares al sonido que hacen los puercos, corro a la cocina en busca de algún cuchillo o tijeras que puedan ayudarme, abro uno de los cajones y tomo un cuchillo cuando en ese momento, me toma por detrás y comienza a ahorcarme con uno de sus brazos mientras que la otra mano la mete por debajo de mi falda y comienza a reír. Me arroja hacia atrás y mi cabeza golpea contra la mesa, tirando el vaso de vidrio que contenía las flores del día anterior, haciéndolo todo un espectáculo de sangre, vidrios rotos y flores. Comienza a hacer mi vestido jirones con sus gordas manos, me defiende con el cuchillo, lo clavo en su ante brazo izquierdo y el me devuelve un golpe certero en la cara, toma el cuchillo y continua deshaciendo mi ropa, intento resistirme pero no duda en seguir golpeándome. En un último intento por escapar de esa escena, tomo un trozo de vidrio quebrado del suelo, mi atacante, al darse cuenta, blande el cuchillo y abre mi delgado cuello, dejando salir una cortina escarlata que lo tiñe todo, trato de gritar pero de mi boca solo salen burbujas rojas y sonidos ahogados. Miro el lugar y me siento, paradójicamente feliz, pues la

muerte al fin me llegó del exterior, era muy débil para buscarla yo sola. Doy las gracias, después de todo, Dios escucho la única plegaria que le hice.

Dejo de sentir, cierro los ojos.

Versos de barro

Marco Emilio Luna

De las obras más viles y rebeldes que hizo el demonio, que para ser francos son pocas en comparación al hombre o a Dios, fue la de crear su propio hombre. Mientras Adán y Eva se ocultaban de la vista de Dios y este le dio la espalda por breves segundos al señor de las tinieblas, él tomó un puño de barro del tan codiciado Jardín del Edén. Las creaciones que de ese barro nacieran, sufrirían el peor de los tormentos, al cerrar los ojos, al soñar verían el jardín, por sus venas correrían el vino de las pasiones de Dionisio, escucharían las risas de las ninfas y el revoloteo de los querubines su alma se llenara de melancolía, de nostalgia. Para ellos la codicia, la esclavitud, las armas y los muros serían y ajenos e inconcebibles y por eso su más grande tortura sería vivir en el mundo de los hombres.

Siete días y siete noches, Lucifer le estuvo dando forma a estos hombres y para avivar la llama de la hoguera que sería el alma de estos nuevos seres, el demonio hizo el más noble gesto de humildad, convirtiéndose en el primer y más grande filántropo; en la intimidad de su soledad y acosado por las peores pesadillas y anhelos que podía tener, Satanás lloró sobre el barro frágil, lloró sobre sus creaciones como un verdadero padre que no teme desnudarse frente a sus hijos. Las lágrimas que corrían no eran de ira o venganza, sino de soledad, de sufrimiento, melancolía y arrepentimiento.

El padre orgulloso de su creación esperó pacientemente a que el hombre fuera expulsado del Jardín del Edén, esperó a que las tribus de los hombres se separaran y delicadamente colocó el fruto de su trabajo en la tierra del hombre. Ellos serían llamados poetas, creadores solitarios que se rebelan al creador.

Eternos amaneceres habían pasado desde aquel día que los poetas habían conocido el mundo de los hombres, Mares enteros se han convertido en infértiles desiertos, Imperios han surgido y caído, idiomas han florecido, el mundo ya había presenciado el apogeo de la humanidad y ahora todos se preguntaban con éxtasis a donde llegaría el hombre.

En lo profundo de la más fría cueva del infierno, donde ni un solo eco, ningún llanto o lamento penetra esa pequeña fortaleza de piedra fría yace sentado el ángel caído, admirando la pared de roca como si esperar que de ella le llegaran las respuestas, le llegaran susurros de voces melódicas y aromas dulces que solo se podía atrever a imaginar.

—¡Cuanto envidia al hombre! De todas las criaturas del cosmos, solo ellos pueden ahogarse en los más profundos placeres, embriagarse, engendrar en ellos pensamientos crueles y viles, solo ellos pueden crear sus propios vampiros con la certeza de que algún día, todo acabará. La muerte y el terrible marchar del tiempo le dan a lo insulso de la creación una fortaleza, una paz que solo la muerte puede brindar. Pero no yo, estoy condenado a sufrir como hombre eternamente sin poder probar la dulce amargura de la muerte. ¡Deseo la compañía de un alma torturada, de una mente caótica, que los vientos fúnebres y las melodías más dulces la traigan ante mí, deseo un alma digna del infierno

y de sus placeres ya que aquí yace lo mejor de cada época! Traedme a uno de mis vástagos, traedme a quien me prive de mi soledad!

Era un día gris en Francia, una costra de nubes grises cubría el sol, apenas dejando pasar pequeños rayos por la ciudad de París. Las grandes Industrias y bodegas con sus esqueletos de hierro negro comenzaban a alzarse por la ciudad. Las dulces notas que emitían las aves o el romper del agua que provocan los pequeños navíos al cruzar el Río Sena eran asfixiados por el martillante sonido del metal contra el metal provocado por las grandes máquinas de los trenes en el sur de la ciudad y los ahora novedoso automóviles que bufan como bestias frías. Un fuerte olor a quemado y una brisa fría arrastraban a todos los transeúntes de vuelta a sus casas, ahí se encontraba Beauté Schatten una hermosa mujer con un suave y fino vestido negro a los hombros, haciendo lucir su piel almendrada, sus ojos eran de un penetrante color chocolate con un brillo hipnótico, que capta miradas y roba almas, sus manos finas parecían el arco tallado de un Stradivarius y su cabello suelto y rizado bailaba con la brisa fría.

Beauté bajaba lentamente sobre una calle empedrada, la llovizna suave que ya había comenzado a caer sobre la ciudad hacia correr a los pocos peatones que bajaban por la calle, cubriéndose con sus sombrillas o trozos de periódico según su clase, hasta la lluvia y el frío se convertían en objetos de elite con la naciente industrialización y burguesía.

Y ahí fue cuando lo vio; al instante supo que era su presa, el hombre que estaba buscando. Caminaba con paso orgulloso, pavoneándose con una mirada altiva y una sonrisa burlona de media

cara, parecía no percatarse de la lluvia y por un momento paso su mano sobre la gran melena negra de cabello que caía sobre su rostro. Si lo anteriormente mencionado no fuera suficiente para probar que nuestro objetivo era el correcto, si el caminar arrogante, la sonrisa infantil y la actitud desinteresada no era suficiente para probar que se trataba de un poeta, la siguiente acción disipo todas las dudas, cuando entro a una cantina con un aspecto de dudosa procedencia.

Entró a la cantina buscando a ese hombre, su sola presencia acaparo la mirada de todos los presentes, el cantinero la vio y sin ningún intento de disimulo se relamió los labios con lujuria, pero tan rápido como su fangosa mente y precoz virilidad se los permitía, todos los hombres siguieron en lo suyo, todos excepto uno, ese que ni siquiera reparo en su presencia aun cuando se acercó tanto a su mesa oscura y olvidada que podía ver las gotas de lluvia suspendidas en su cabello.

El hombre tenía la nariz pegada a un libro, una obra de teatro y en su lado derecho tenía una hoja amarilla donde apuntaba con rapidez y desesperación. Tomo una silla y se sentó frente a él, sin que este siquiera volteara a verla.

—Sombra —dijo él de repente.

—¿Perdón?

—Sí, ¡me tapa la luz! Con su sombra tapa usted el foco y no me permite continuar con mi trabajo.

—¿Y qué es lo que escribe usted con tanta urgencia, si se puede saber?

—Eso a usted, señorita, no le concierne, ¿cierto?

—Disculpe que sea yo tan entrometida, venia huyendo de la lluvia cuando entré a este establecimiento para resguardarme. Soy Beauté Schatten.

—¿Schatten? Es un nombre alemán. Tal vez podría usted ayudarme después de todo. Vera estoy traduciendo este ejemplar de Fausto, del alemán al francés y aunque soy un fiel conocedor de las lenguas germanas, quien mejor para ayudarme que usted, que es su lengua materna.

—Sería un placer ayudarle. Goethe ha sido siempre de mis escritores favoritos

—Nunca había conocido a una mujer que le gustase Goethe. Mucho menos que leyera Fausto.

—Si yo misma ayude a Mefistófeles con esa pobre alma. —Dijo ella en voz baja, burlándose del poeta—. Con todo respeto caballero, nunca conoció a una mujer como yo.

—Ahora soy yo quien pide disculpas, Señorita Schatten. Charles Baudelaire, para servirle.

Afuera comenzaba a caer un diluvio que lo arrastraba todo calle abajo, el techo de la caverna comenzaba a derramar pequeñas lagrimas sobre las hojas y sobre los vasos vacíos, un viento furibundo azotaba las puertas y se colaba por las pequeñas rendijas de las ventanas y los huesos rotos de la paredes que convirtieron del pequeño establecimiento en una sinfonía de Banshees. Charles y Bauté salieron más por orden del dueño que por un verdadero malestar, solo un demonio y un poeta podían encontrar en aquellos acordes molestos una melodía, solo un poeta podría ver en una copa llena de lluvia una sirena danzando al ritmo de las gotas.

Ambos iban danzando con dirección a la Ile Saint Louis brincando en los charcos como niños traviesos, riendo como locos y tarareando melodías jugando a sopranos y mezzosopranos maldiciendo a los curiosos que se asomaban a ver el origen de tanto escándalo. La lluvia besaba sus

rostros mientras recitaban poemas de Byron; mientras cruzaban el puente Saint-Louis un viejo perro negro comenzó a aullar y Baudelaire con su gabardina negra y su cabello caído como cortinas negras se arrojó junto al perro y comenzó a imitar el llanto del can.

Llegaron al umbral de la casa del poeta, la lluvia había cesado y por primera vez en toda la tarde se tomó el tiempo de admirarla. Era hermosa, sin duda, pero no era eso lo que le recorría el cuerpo como una corriente eléctrica. Había estado con muchas mujeres, muchos cuerpos habían pasado por sus sabanas sin la mayor significancia, sin embargo la mujer que estaba de pie frente a él, era el primer ser capaz de privarlo de su soledad. Sonaba estúpido e infantil, pero sentía una fuerte conexión con ese ser, con esa Epifanía mortal, sentía una necesidad de abrazarla, de poseerla, de llorar en su hombro, de recorrer su cuerpo.

Como si le leyera la mente, esbozó una sonrisa pícara y se acercó lo suficiente para sentir el aliento del hombre en su cuello, cálido y húmedo. Sus bocas comenzaron a rastrear el aliento como dos niños juguetones, que al encontrarse se unieron en un loco frenesí. Entraron a la habitación y por primera vez en toda su vida el poeta maldijo su entropía; se zambulleron en la cama con hambre feroz, a pesar de que sus ropas estaban frías y mojadas podían sentir el calor que desprendían sus cuerpos, se arrancaron la ropa con furia hasta que nada se interponía entre sus cuerpos. Sus manos se recorrieron enchinando la piel a su paso, el paso suave se convirtió en una sed insostenible y comenzaron a arañarse provocando gritos dulces y provocadores. Su ansia no tenía límite y

comenzaron a bañarse en saliva y sudor. Los besos tiernos y desesperados que recorrían sus muslos, sus labios, su geometría, su pubis, se convirtieron en mordidas voraces, sus dientes quemaban la piel del otro pero el ardor que provenía de su vientre y su pelvis era sofocante como el calor del infierno. Los gemidos, las suplicas, las mordidas, los besos y rasguños se fundieron en una piscina de placer, convirtieron del canibalismo en un acto prodigioso de amor.

Ella devoraba con tal avidez que solo podía venir del demonio.

La siguiente mañana, Beauté debía acabar con la tarea que le había sido encomendada, debía encontrar la manera más placentera de acabar con la vida de ese hombre, no deseaba una muerte ruin de cualquier vagabundo pues estaba ante el hombre que figuraba en las letanías de Satanás, los poetas son los Santos del Infierno y por ende merece una muerte acreedora a su título.

Se levantó de la cama buscando al hábil escritor, lo encontró fuera del pequeño apartamento hincado en el suelo y sobre sus manos sostenía un pequeño cuervo inmóvil, carente de toda vida, ella se acercó, lentamente como un felino que acecha a su presa. Baudelaire, alzó la cara y la vio directamente a los ojos con esas miradas que derriban tronos.

—Que cosa tan bella es la muerte, inmortaliza la perfección. Nada más sublime que una hermosa dama que muere a edad temprana sin conocer la edad, el hambre, el matrimonio. Este amigo alado, por ejemplo, murió sin conocer la esclavitud, presencié el cielo con todos sus Ángeles buenos, presencié todos los lugares de la tierra con sus demonios buenos.

—¿Pero, qué no la muerte es motivo de llantos y plegarias? ¿no te aterra saber que tal vez lo único que haya sea un vacío interminable o un suplicio eterno?

—¿Aterrarme la muerte? Lo que me aterra es no encararla con un orgullo, por eso es necesario embriagarse de vino, de jerez, de poesía, amor y romance. La clave no está en encarar sumiso a la muerte o llegar sano, caminando lentamente al ataúd, la clave está en llegar derrapando, tuerto, con el corazón hecho pedazos. Maldito Rousseau, malditos científicos, malditos realistas que han hecho del hombre y la naturaleza máquinas frías, insensibles. En nombre del progreso y el orden se sacrifican las pasiones por un mundo lleno de barullo y frialdad!

—Hay que ganarse el Infierno con todos sus pecados—dijo ella en un suspiro.

Cruzaron el puente hasta llegar a una de las avenidas principales de París.

—Es por eso que soy un príncipe, un vagabundo. ¿Qué mayor libertad que no pertenecer a ningún lado? No tenemos que anclar en ningún puerto. Al resguardarme en el mundo de los placeres y la poesía, me elevo, ¡Soy un príncipe! Mi Reino es la humanidad y las pasiones mi castillo. Un poder que ni Napoleón soñó poseer.

Caminaron por las calles empedradas, hurtaron vino de los restaurantes sin el menor esfuerzo de parecer desapercibidos, compraron opio hasta que sus bolsillos se llenaron, bailaron en las fuentes públicas sin temor al ridículo, robaron comida de los platos de los comerciantes para compartirla con los perros y gatos callejeros, compartieron vino

con un desheredado, un marginado. Se revolcaron en el fango, bebieron vino y su comida fue el opio. Bailaron al son de melodías invisibles. Él admiraba y se perdía en sus ojos de terciopelo mientras que de su boca derramaba palabras de almizcle, el demonio en su regazo dormitaba sin poder soñar nada, sin poder traer imágenes a su mente pero al despertar, traería recuerdos de tierras nunca antes vistas y manjares nunca saboreados; solo un poeta podría hacer imaginar a un demonio.

La esquina de la Avenida Foch tenía una vista perfecta al Arco del Triunfo, el demonio y el poeta estaban acostados, haciéndose compañía en el silencio, contemplando el cielo que se debatía entre el día y la noche cuando escucharon los pasos de las botas contra las piedras, el suspiro y llanto de los hombres. Baudelaire se alzó de prisa. Ningún licor o narcótico podría rescatar la escena: Soldados heridos, cadáveres, un fuerte olor a sangre azotaron las calles de París. Un soldado de no más de 19 años era tirado de una carreta, era difícil adivinar si estaba vivo o muerto pues su uniforme estaba empapado en sangre, el poeta maldito se acercó silencioso, una vez lo suficientemente cerca pudo ver que le faltaba una pierna y en su lugar había un arcaico torniquete, el vientre del muchacho le devolvía una mueca burlona con una enorme sonrisa roja y negra; el olor a putrefacción que emanaba de esa caravana de muerte y descomposición era nauseabundo, pero esto parecía no afectarle al poeta. No sabía que le provocaba más asombro y fascinación si el hedor o ver el rostro de ese joven herido y tirado, a pesar de la herida y la abundancia de sangre, pus y carne, su rostro parecía intacto, como un joven dormido que espera

despertar para ver el rostro de un amante, pero en su lugar había presenciado la muerte. Igual que un óleo de Géricault, el hermoso efebo era la armonía perfecta entre belleza y muerte, ese rostro nunca conocería la vejez, permanecería siempre bello y joven, inmortalizado. Para ese muchacho el martirio había acabado. El poeta respiró hondo y alcanzó la carreta solo para plantarle un beso noble en la frente del efebo.

—¿Puede ayudarles en algo? Pregunto al soldado que montaba el caballo.

—Estos hombres están heridos, agonizan. Algunos ya están muertos ¿en que podría ayudarlos?

En su mente, Baudelaire imaginó los cuerpos tomando el lugar de los muebles y se vio al mismo llenando las zanjas de sus cuerpos con tierra y flores.

—Tengo un departamento, si alguno de sus hombres nece...

—¿Es usted doctor?

—No.

—¿Es usted militar?

—No.

—¿No? Le diré lo que es usted. Un mendigo y un loco, apesta a orines, su ropa está llena de lodo y manchada de vino. De no ser porque lo veo de pie y caminando pensaría que es usted uno más de la carreta de cuerpos. Bastó la primera palabra para percatarme de que es usted un lunático y apesta usted a opio. ¿a qué se dedica usted?

—Soy poeta. —No pudo evitar usar un poco de orgullo al decir esas palabras.

El soldado no supo hacer otra cosa más que echarse a reír.

—Es sin duda usted un lunático. Sería un acto de misericordia volarle la tapa del cráneo ahora

mismo, pero hay que cuidar las municiones —cambió su aire burlesco y frunció el ceño—. Debería usted ser alguien de provecho, el ejército ha sufrido muchas bajas mientras usted solo bebe. Acto seguido tiro del caballo así un lado empujando al poeta haciendo caer al suelo.

El poeta se quedó ahí, contemplando como se alejaba lentamente el ejercito de mutilados y fatigados y admiro, conmovido, el rostro de ese joven. Justo detrás de ellos un pequeña parvada de cuervos los seguía, atraídos por el olor a muerto y el festín de la carne colgante de los cuerpos inertes.

Beauté salió de entre las sombras, admirando la escena cual vigilante y por fin comprendió la devoción de Lucifer a los poetas, ellos eran sus santos. Levantaban odas a los placeres, se enjuagan el cabello en vino, hacían de la decadencia su musa y sin embargo sentían compasión, ansiaban ser escuchados, les dolía la indiferencia de los hombres y sin embargo los aman. Su carne es la del edén y en sus venas corre las dolencias de Satanás, aman con fervor a quien nunca a de amarlos, sienten por todos. Por cada cien hombres que nacen, siempre a de haber un poeta que sienta por esos cien, que llore por esos cien, que grite por esos cien, que amé por esos cien, que viva por esos cien. Ellos no pertenecían al cielo ni al infierno ni mucho menos a la tierra, eran seres creados para padecer; Vivian el tormento del infierno como soñaban las ilusiones del cielo ¡oh pobres de aquellos que se llamen poetas pues estarán siempre malditos.

Tomó con sus alargadas manos al poeta y lo llevo devuelta a su apartamento las nubes y la niebla traída por el río se unían en un baile de soledad. Lo arrojó a la cama y se sentó a su lado.

Sin decir una palabra se levantó de la cama y comenzó a escribir. Escribir es una forma de liberarse: "tú marchas sobre muertos, belleza, de los que te burlas" "la locura y el pánico, fríos y taciturnos" "y la muerte entre tus más caros dijes" eran algunos de los versos que alcanzaba a leer por encima del hombro de Baudelaire y no sintió más que lastima por esa pobre alma, que convierte la decadencia en algo hermoso pero jamás sospecharía de donde viene ese don; se relamió los labios con malicia pensando en el sabor de la carne de ese hombre, sintiendo la sangre corriendo por su barbilla, imagino en la sensación tibia en su boca y cuando volviera al infierno lo encontraría de nuevo ¿cierto? Era un hombre que experimentaba los pecados, pero ¿no había demostrado ser también un niño? Su búsqueda de placer no es otra que su búsqueda de calor. Sin duda su alma pertenecía al infierno, pero debía ganárselo.

El poeta maldito volteó directamente a los ojos de la Furia. Ella por un momento, creyó ver un brillo a través de esos hinchados ojos, pero rápidamente se esfumo para convertirse en una mirada de indiferencia.

Ella lo miró y no pudo evitar su repulsión y la ironía; solo un poeta se enamoraría de un demonio.

Baudelaire admiró la hermosa mujer que yacía frente a él. Era realmente bella, es cierto, había saciado sus perversiones, su sed y sus arrebatos de los últimos días, pero nada más. El no necesitaba una musa, las musas inspiran pero corresponden, sino lo hacen en cuerpo, lo hacen en mente o alma. Pero él no buscaba una musa, el buscaba algo que inspirará y royera, algo que inspire y lastime, ins-

pire y mate y todavía lo haga volver sediento por más. El deseaba el veneno. Él se encontraba bien entre el chillido de las ratas y el aliento de las prostitutas, ahí era donde él tenía su hogar.

Se levantó y le plantó un beso en sus labios de fresa, entusiasmado apago las luces.

Ambos se acostaron mientras la neblina, como materializando los ilusiones y dolores poeta, se arremolinaba por la ventana. La noche avanzó lenta, ella sabía que no podía terminar con la vida de ese hombre, no ahora. Encontraría la muerte en sus placeres, se regocijara, buscara toda clase de lentitivos que le hagan olvidar su miseria y eventualmente morirá y ella estaría ahí para recibirlo y llevarlo a donde pertenece junto a su creador.

Baudelaire se levantó a mitad de la noche, una brisa helada le había recorrido todo el cuerpo. A su lado no encontró más que vacío, en su ventana un búho con los ojos de un demonio soñando la devolvió la mirada, solo para emprender vuelo, indiferente, de vuelta a los abismos del Tártaro.

Nunca más volvió a ver a Beaute Schatten. Ahora más que nunca frecuentaba los prostíbulos, cada día uno diferente, una nueva piel que probar. Si no era en los prostíbulos era en los bares, en el licor en el vino o en las letras, donde derramaba todas sus sensaciones, su sangre y sus lágrimas de alguna forma siempre estaba borracho.

Siempre intentando volver a sentir la misma sensación que le hizo sentir ese vampiro, estaba seguro que no se había enamorado, pues ya no recordaba su nombre, pero esa sensación de que corre fuego por sus venas nunca más la volvió a sentir, pero no paso mucho cuando derrapando llegó la muerte para llevarlo a donde al fin se sentiría como

en casa, pues en el infierno esta lo mejor de todas las épocas y multitudes de criaturas se agruparían solo para escucharlo.

Encontraría paz a lado de su padre.

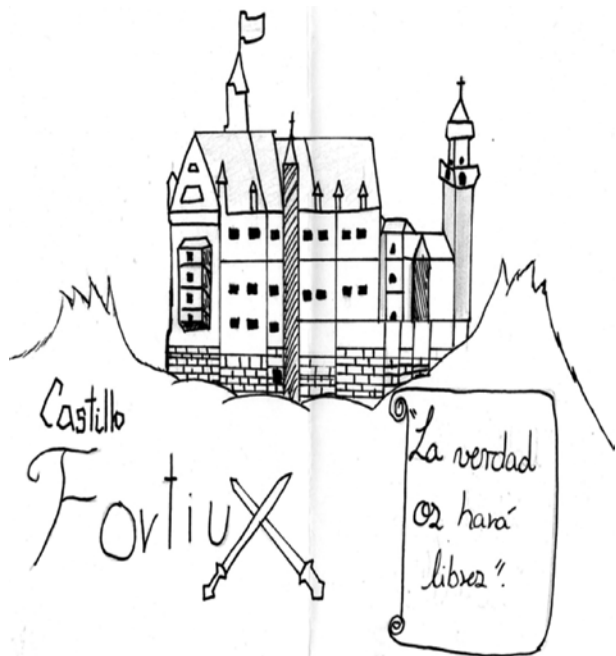
Vitae

David Cambrón

Érase un reino llamado Realidad, donde las personas vivían felizmente por saber que saldrían adelante y siempre existiría la igualdad, la paz y el amor.

Era verano; el rey Conatus y la reina Beatitudinem gozaban del mejor periodo de su reinado; todas las cosechas de maíz crecieron como nunca, los lagos se expandieron con agua cristalina y se habitaron de bellas especies tanto de plantas como de animales. La gente vivía jubilosa porque todo estaba en perfecto balance.

Un día, los reyes decidieron que como muestra de su amor mutuo tendrían un hijo, y así fue, esperaron nueve largos meses con todos los preparativos para la llegada del primogénito. El rey comentaba a todos los reinos que iba a tener a un gran varón, aunque para su sorpresa no fue varón sino mujer, Vitae, quien era una bebé de ojos color miel, tez blanca, con una bella cabellera color castaño y de carácter fuerte como su padre. Sin embargo, como el rey había presumido la llegada de un hijo y no de una hija, tuvo que esconderla en una habitación sin interacción con el exterior. Por lo anterior, Vitae siempre se preguntaba cómo era en realidad el reino, ya que no lo conocía con sus ojos, aunque ella viviera en él. Simplemente vivía con dulces fábulas contadas por su madre al irse a la cama. Vitae creció siendo una de las chicas más



Castillo

Fortiux

La verdad
es hara'
libros?

inteligentes, pero al mismo tiempo crecían sus ganas por conocer el reino de su padre.

La princesa tenía 16 años cuando estalló la Plaga de los Ilusionistas en el reino de la Realidad; los del reino Ilusión estaban tratando de conquistar el reino de la Realidad. Lo lograron, pero de una manera peculiar: ilusionando a la gente, haciéndole ver lo que podían conseguir si servían al reino de la Ilusión. Y así fue, hasta conseguir que todo el pueblo estuviera en contra del rey Conatus.

Al ver la situación, el rey le dijo a su hija que escapara, aunque no supiera cómo era el mundo fuera del castillo por lo que Vitae corrió lo más rápido que pudo, pero la encarcelaron los siervos del rey Avaritia, rey de los Ilusionistas, quienes la pusieron a trabajar, como a todas las mujeres. El rey Avaritia condenó a muerte al rey Conatus y a la reina Beatitude. Vitae sentía cómo el mundo se acababa ante sus ojos, sollozaba, se sentía vulnerable, pero se dijo a sí misma que tenía que actuar al respecto.

Entonces, la hija de Conatus empezó a comentar que había que hacer algo para que vivieran felices otra vez, pero las mujeres que trabajaban con ella se rieron y la tildaron de loca. Recurrió después a los caballeros del castillo de su padre y también se rieron porque era una idea muy tonta, ya que ellos temían lo que el rey Avaritia les podía causar y que una mujer no les diría qué hacer, inclusive alguien de los caballeros le gritó: “Ustedes las mujeres sólo sirven para cocinar y servir al amo”.

Ella misma se dijo: “No importa que sea mujer, yo peleo por algo y no necesito que alguien me diga que yo sólo sirvo para cocinar y servir, yo también puedo luchar con o sin ellos, si algo sé es que no me rendiré”.

Pasaron los días y Vitae presentía que no lo iba a conseguir porque estaba sola. Vagando por el bosque se encontró con una chica de temprana edad, fuerte, con los ojos como fiera, avispada, de tez morena y alta, que la estaba viendo; Vitae se acercó y le dijo:

—¿Qué haces en el bosque sola?

—Observando a mi heroína, contestó la joven morena y alta.

—¿Cuál es tu nombre?, pregunto con extrañeza

—Fortiux.

A lo que Vitae pensó: “Ella debe de ser mi compañera contra el rey Avaritia, pero ¿cómo saber si es una persona en la que puedo confiar?”

—Y... ¿Cuál es tú historia, Fortiux?

—Vengo a hacer justicia a mi antigua familia: Soy heredera del reino de la Igualdad, también atacado e invadido por el reino de los Ilusionistas; mis padres me enseñaron los valores de la lealtad, la igualdad y el respeto hacia cada reino; tengo 16 años y he estado entrenando desde los 12 para combatir a los del reino de la Ilusión. ¿Tú cuánto llevas entrenando?

—Nada...

—Ok; te entrenaré y entonces juntas venceremos; tu carácter es fuerte y eso hará la diferencia a nuestro favor.

Y fue así como Vitae y Fortiux poco a poco fueron entrenando y haciéndose cada vez más fuertes; forjaron una armadura para cada una y crearon sus espadas; hasta que llegó el día cuando se fueron a afrontar al rey Avaritia.

Para llegar al rey debieron pasar por grandes desafíos: pelear con lobos feroces en el bosque, recorrer el reino sin ser descubiertas y combatir en

una batalla a muerte contra un grupo de sanguinarios que las descubrieron en una cantina, en la cual, al ver que iban a ser vencidas, Fortiux da su vida por distraerlos para que Vitae siga su viaje contra el rey Avaritia. Vitae escapó, pero se quedó triste porque ya no estará su compañera. Su hermana.

Ella no se rendía porque sabía lo importante que era esta misión; les juró a los mares, a la tierra y al cielo que saldría victoriosa de ésta. Vitae seguía y seguía entrenando, para así tomar todas sus fuerzas para conseguir su objetivo. Hasta que un día se sentía completamente preparada para enfrentar al rey Avaritia, tomó todas sus armas, se llenó de ese espíritu aventurero y dio su último rezo antes de partir.

Al llegar con el rey Avaritia, éste le dijo: “No sé cómo lo ha logrado un caballero como tú, pero no saldrás de aquí”, a lo que ella contestó: “Quiero ver que lo intentes”.

Y así comenzó la lucha; él atacaba, ella respondía, hasta que se distrajo Avaritia al ver las expresiones físicas de su hermano en Vitae; Vitae aprovechó y lo hirió a muerte, quien ella le dijo: “Esto es por Fortiux y por mis padres”, y Avaritia se sorprendió al recordar que los reyes habían tenido una hija, que la escondieron y ahora ésta le había ganado.

Avaritia, mientras Vitae le daba sus últimas palabras, le dijo: “Admiro tu valentía y esfuerzo, yo creí que eras hombre por ser tan habilidosa y fuerte, pero ya veo que no; me alegra ver que una mujer pueda ganar sus batallas y no tenga que depender de nadie, sin perder su esencia femenina y porte; mi hermano ha engendrado a una gran mujer”.

El pueblo se cubrió otra vez de luz y la gente iba a observar quién era su salvador, su nuevo rey. Para sorpresa de la gente se dieron cuenta de que no era rey sino reina y que aparte era una chica de temprana edad. ¿Cómo podía ser posible? La gente se preguntaba, pero al mismo tiempo se alegraba de ver que era aquella chica de la que alguna vez se habían reído, pero ella nunca se rindió, a pesar de todo lo que le dijeron.

La gran reina Vitae inauguró el castillo Fortiux donde siempre ha dirigido las vidas de su reinado de la mejor manera posible. Ella siempre afirma: “Yo soy quien da los medios de gozo y aprendizaje, sólo tú eliges vivir a través de mí o no”.

A veces damos por sentado que alguien, al querer luchar por algo, da una idea y lo damos por loco/a porque no tenemos la misma visión, tenemos envidia o simplemente miedo; hay que ser como Vitae, fieles a lo que soñamos sin importar lo que la gente piense de nosotros, de vez en cuando confundimos que la valentía y la fuerza son cualidades de un hombre aunque existan mujeres más fuertes que éstos; a todos hay que aceptarlos por igual, todos tenemos esa fortaleza de ser, de poder tomar el liderazgo y lo mejor, decir que somos simplemente lo que somos: unos soñadores.

Treinta y siete minutos

Leonardo Hernández

La cantidad de humo era tanta que impedía la vista a las desdichadas almas atrapadas en el edificio. Se escuchaba el fuerte sonido del fuego incendiando cualquier cosa que se encontraba, tragándola, engulléndola tan fácilmente como la marea se deshace de cualquier rastro impreso sobre la arena. También había gritos. Gritos de desesperanza y angustia para aquellos que sabían que su destino era una muerte lenta, dolorosa y desgarradora proveniente de esas ardientes llamas que por una media hora habían intentado evitar. Había aullidos de dolor, de las personas que en aquellos minutos no habían tenido la fortuna o el ingenio para arreglárselas y salir ilesos y que ahora tenían heridas graves, perdiendo aún más la fe y llenando su corazón de miedo. Un hombre yacía en el suelo con sangre borboteando de su torso debido a que el dintel de una puerta por la cual intentaba huir tronó, haciendo que este, junto con unos cuantos tabiques, cayeran sobre él, arrebatándole la vida. Una señora unos pisos más abajo había elegido el peor día para dejar la llave del gas abierta y murió calcinada instantáneamente cuando las llamaradas, cuyo origen no tenía nada que ver con el error de aquella pobre septuagenaria, encontraron su departamento, creando una explosión que hizo que el edificio se estremeciera, generando una reacción en cadena con aquellas sustancias inflamables que el estalli-



do alcanzó, cobrando así más víctimas. Afuera, las sirenas de dos camiones del cuerpo de bomberos sonaban mientras los uniformados, parados a una avenida de distancia, quienes habían llegado dispuestos a extinguir el fuego, observaban ahora atónitos, desesperanzados y sin ninguna idea para poder entrar ahí y salvar las vidas de las personas que tanto ansiaban su llegada. Junto a ellos, había gente que vivía en las plantas más bajas observando como su patrimonio se incendiaba, como las llamas transformaban vorazmente sus hogares en cenizas y polvo. También oraban por las familias que se encontraban adentro. Algunos, como una madre soltera que dejó a su bebé sola mientras ella salía a la tienda, lloraban incontrolablemente, mientras los vecinos intentaban consolarlos. Una joven pareja incluso se hincó, el hombre sacó de su bolsillo un rosario y comenzaron a rezar. Pero no todos estaban encomendándole a Dios la salvación de los afectados. Algunas personas estaban furiosas y tenían demasiada adrenalina en sus cuerpos; estaban desesperadas y llenas de rabia porque los bomberos solamente habían estado de espectadores desde su llegada al edificio.

—¿Realmente no piensan hacer nada? —gritó, con lágrimas de dolor e ira, la inquilina del departamento 203—. ¿Van a esperar a que toda esa gente muera, que nuestras viviendas se caigan y el fuego se consuma por sí solo dejándonos nada más que cenizas?

—No tenemos acceso al edificio por la puerta principal, hubo un pequeño derrumbe adentro y la puerta está totalmente bloqueada —le contestó con un tono de frustración el capitán, quien tam-

bién se encontraba en la escena—. Si intentamos colocar alguna escalera sobre el edificio, podría derrumbarse parte de él por la explosión que hubo hace unos minutos. No lo sabemos con certeza y francamente no queremos arriesgarnos. Todo esto porque la alarma se disparó demasiado tarde. Ya comenzaron a desplegar la escalera para empezar el lanzamiento de chorros de agua, y estamos pensando cómo podremos entrar sin comprometer la vida de mis hombres.

La mujer no dijo nada, se alejó de los uniformados y quedó contemplando el desastre con ojos melancólicos. Llegaron entonces tres ambulancias para asistir a aquellos afectados que estaban en la banqueta con heridas menores. El calor que emanaba del edificio podía sentirse vivamente aún estando a una distancia segura de él, provocando sudor en todos los presentes, sumándose a la transpiración generada por el pánico y gracias al ardiente sol, pues la única nube presente era la de humo.

Adentro, ella abrió lentamente los ojos. Estaba tirada en el suelo de la sala con la espalda recargada en la pared. Se llevó las manos a la nuca y sintió que estaba húmeda; al verlas con los ojos entrecegados notó que sangraba. Se había dado un fuerte golpe, y aunque la cantidad de sangre era poca, el dolor era bastante punzante. Todavía no estaba completamente consciente. ¿Qué demonios hacía ahí? ¿Por qué hacía tanto calor? Escuchaba crepitar algo. Era fuego, sí, frente a ella, en la cocina. Incluyó la cabeza hacia arriba, vio una espesa sábana de humo en el techo del departamento y entonces recordó. La onda de choque de una explosión la había lanzado violentamente contra el muro en el

que se recargaba. Estaba en un departamento, el departamento de su amiga. Su amiga. ¿Dónde estaba? Moviendo la cabeza tan rápido como el dolor le permitía en busca de algún rastro de ella, vio su brazo detrás de un sillón del otro lado de la sala. Se acercó a gatas, temiendo que se encontrara sin vida. Y ahí estaba, inerte, sin respiración, con los ojos cerrados, recostada sobre el brazo derecho que ella había visto sobresalir del sillón cuando la buscaba. Parecía que acababa de acomodarse para tomar una siesta. Su rostro denotaba tristeza. ¿Pero por qué había muerto? Se veía sin lesión alguna en ese momento, descansando tan plácidamente en un largo y profundo sueño. Estaba segura de que ella, estando viva, se veía mucho peor que su amiga. Hasta que vio su cuello: totalmente roto; parecía que un par de sus vértebras se habían hecho añicos. Entonces soltó el cuerpo y se sentó ahí junto a él, viendo cómo el fuego a su derecha amenazaba con atraparla.

—Esto no puede estar pasando. Esto es una maldita pesadilla —decía, mientras llevaba las manos a su rostro en señal de frustración, dolor y miedo—. ¿Qué no he sufrido lo suficiente?

A pesar de ser una mujer fuerte, comenzó a sollozar, pues por primera vez, después de poco más de diez años, había ido a visitar a la que alguna vez fue su mejor amiga en la secundaria. Una persona cálida, buena por naturaleza, quien le inspiraba confianza en sí misma. Fue su primera y prácticamente única verdadera amistad. Le ayudó muchísimo a superar los problemas ocasionados por su padre. Un padre esquizofrénico, quien, tras la muerte de su esposa, curiosamente tendía a ver y escuchar cosas cuando su pequeña hija estaba

cerca, cosas extrañas, atroces e involuntarias, de las cuales es mejor no hablar. Tal vez por eso su comportamiento era tan cerrado, sí. Gracias a una enfermedad mental que ni siquiera ella padecía. Es trágico que algo que no se encuentra en nuestras manos llegue a cambiarnos tanto como persona, y ella era la prueba de ello, y no era feliz. Pero su amiga siempre estuvo ahí para apoyarla, para animarla, para hacerle olvidar todas esas cosas horribles a las que tenía que enfrentarse en casa. Todo el tiempo, hasta que decidió aislarse del mundo. Huyó de casa, harta de los abusos que provocaban las alucinaciones de su padre, y logró salir adelante sin ayuda de nadie, manteniendo siempre un perfil bajo. No terminó la escuela, por lo que ha hecho muchos trabajos que le han ayudado a subsistir lo suficiente para definir su calidad de vida como estable. Y por fin había logrado armarse de valor para ver a alguien que en su pasado fue una persona vital, un ser humano tan importante que, a pesar del paso de aproximadamente una década, seguía considerando la persona en la que más confiaba.

Y ahora estaba muerta. En un instante se le privó del placer de vivir a una persona que en verdad merecía estar en este mundo. No era justo, y tal vez por eso su rostro tenía un aspecto afligido. No era justo que alguien como su compañera haya muerto mientras ella seguía con vida. Ella era un fantasma. Pero no podía soportar eso, no, menos ahora que el destino o el azar le habían dado la oportunidad de seguir con vida. El hecho de que ella siguiera viva debió haber sucedido con un propósito, ¿no? Por algo no había muerto del golpe contra la pared. Por algo ella no estaba en el lugar de su amiga tirada en el suelo. Sabía que no podía

quedarse ahí, lamentándose, llorando, esperando otra explosión o que el fuego la abrasara. No podía evitar o huir de esta difícil situación tal y como lo había hecho toda su vida. Era momento de cambiar el rumbo de su existencia; los sinuosos caminos por los que había andado no eran los senderos que conducirían su vida a algo benéfico, puesto que no existe alguna manera para volver a empezar. Era necesario que aprovechara esta oportunidad. Sabía también que tenía que hacerle justicia a la muerte de su amiga. Trató de imaginar lo que ella habría hecho en esa situación: lo correcto. Una ola de inspiración la empapó, sentía la adrenalina fluyendo en cada centímetro de su cuerpo, en cada fibra de su ser. Se sentía viva a pesar de estar tan cerca de la muerte. Entonces se levantó; despidiéndose una última vez de ella, gateó hacia una de las habitaciones que aún no habían sido alcanzadas por las llamas. Ingresó al cuarto de visitas que aún se encontraba cerrado, por lo que el humo dentro de él era poco. Era una alcoba un tanto amplia que contaba con un baño cuya única iluminación era la que proporcionaba aquel desastre del cual intentaría escapar. Abrió la puerta de este, tomó rápidamente la toalla de manos y, abriendo la llave, comenzó a empaparla. Alzó la mirada y se vio al espejo colgado en la pared frente al lavamanos. A pesar de que el alumbrado era tenue, logró distinguir un brillo peculiar en sus ojos. Su corazón palpitaba rápidamente y con energía. Tenía unas abrumadoras ganas de hacer muchas cosas y de por fin hacer algo bien. Penetrando su mirada en su propio reflejo, viéndose como una persona totalmente renovada, sonrió y salió del sanitario. Puso la toalla mojada en su nariz y boca, aun goteando

por toda la cantidad de agua que vertió sobre ella, mientras, agachada, se movía rápidamente hacia la puerta de entrada del departamento. Hizo una pausa al agarrar la manija, reflexionando sobre lo que haría a continuación. Volteó hacia atrás, recorriendo velozmente con la mirada el hogar de su difunta amiga. La cocina ya se había consumido y las llamaradas ya acogían el cadáver y parte de la sala; la temperatura era demasiado alta. Sin embargo, una esquina del departamento permanecía intacta. Había ahí una pequeña mesa cuyo único propósito parecía ser sostener un reloj antiguo, un instrumento bellamente adornado con una base de madera oscura, tenía incrustados pequeños ornamentos de oro que reflejaban el brillo del fuego que se encontraba al otro extremo del departamento. La esfera también era dorada, y el mecanismo marcaba las 6:05. No tenía idea cuánto tiempo más podría estar ahí, pero era necesario que actuara lo más rápido posible, porque, gracias a la epifanía que tuvo unos minutos atrás, sabía que tenía que ayudar a las pobres personas que estaban ahí en el edificio con ella. ¿Si no había señal alguna de los bomberos, quién más ayudaría?

Abrió la puerta de entrada e inmediatamente se agachó. El pasillo no estaba completamente en llamas, pero la visibilidad era casi nula, por lo cual casi tuvo que reptar para poder desplazarse hacia otros departamentos. Pero lo único que escuchaba era el crepitar del fuego. Decidió abrir la puerta del departamento más próximo a ella y entró. Estaba casi por completo en llamas, y el golpe de calor hizo que se tambaleara hacia atrás. La puerta de la vivienda de enfrente ya estaba destrozada; unos metros más adelante las entradas ya esta-

ban carbonizadas. No parecía que hubiera nadie más con vida en el sexto piso. Se movió hacia las escaleras y subió, pensando en que tal vez las personas de pisos más bajos habían logrado escapar. Ahí no había una sensación térmica tan infernal como una planta abajo, y las puertas no se veían tan chamuscadas. De pronto, comenzó a escuchar algo distinto al constante arder de las llamaradas que la rodeaban. Era una persona. Estaba gritando, pero aún no lograba identificar de cuál de los 5 departamentos de ese piso provenían los aullidos. A medida que se desplazaba más al fondo del pasillo, más clara se volvía la ubicación. Era una voz masculina proveniente del departamento que estaba al fondo a la izquierda, sí.

—¡Ayuda, por favor, alguien, alguien ayúdeme!

Al escuchar la voz fuerte y claramente, entró con rapidez y vio a un hombre tirado en el suelo, boca abajo, con una pierna atrapada en un mueble que, debido a las ondas de una explosión propagadas en el edificio, se había desbalanceado de su apoyo en la pared y desafortunadamente le había caído encima. Gritaba de dolor, y al hacer contacto visual con la misteriosa mujer que había entrado a su casa, donde el incendio únicamente había logrado llegar a las paredes, le salieron un par de lágrimas mientras esbozaba una sonrisa de alivio con las fuerzas que le quedaban. Ella pudo sentir su angustia y su dolor al verlo a los ojos.

—Tranquilo, tranquilo. Va a estar bien, vengo a ayudarlo —dijo con voz calmada, mientras pensaba en la manera más fácil para liberar su pierna de ahí.

—Gracias, en verdad gracias. No pensé que fuera a llegar nadie, Dios, pensé que iba a morir aquí,

quemado, y que muerte tan más horrible, pero gracias por venir a salvarme, oh, gracias... —balbuceaba el señor con un tono nervioso y respiración agitada, con lágrimas de felicidad.

—No tiene que agradecer. Voy a sacarlo de aquí —dijo observando la parte de atrás del mueble para ver por qué el señor de cincuenta y tantos años no había logrado deslizarse hacia adelante para salir de ahí. “Oh, no”, pensó al ver que la caída del librero, que, a pesar de ser angosto, había sido tan fuerte que le prensó la pierna causándole una fractura expuesta en la cual se podía ver parte de su tibia, como un trozo de madera roto, cubierta de sangre, atorada en el borde del mueble. Si el señor se moviera hacia adelante, el hueso se saldría más de su cuerpo, desgarrando músculos, piel, nervios, causando que brotara más sangre y eventualmente dislocando la parte rota de su tobillo, sacando ese pedazo por completo de su cuerpo. ¿Cómo lo sacaría de ahí? Vio los libros regados en el piso y se le ocurrió entonces una idea—. Ya sé, ya sé cómo sacarlo de aquí, señor.

—Muchas gracias, señorita, pero cuidado con mi pierna, no la soporto —contestó mientras bramaba de dolor. Ella juntó varios libros y se movió hacia la esquina superior del mueble más cercana a la pierna. Comenzó a apilarlos debajo, pues ya estaba un poco levantado el librero gracias a la pierna del pobre hombre. Logró poner cinco libros sin necesidad de alzar el mueble, pero tenía que levantarlo. Entonces ella se puso en cuclillas, respiró hondamente, y levantó el mueble, con todas las fuerzas que su cuerpo y la voluntad le proporcionaron, para poner otro libro entre la esquina y la pila de textos, levantando más el librero. Lo soltó y el señor lanzó

un sonido de alivio y relajó los músculos, que claramente se podía notar que estaban tensos. Pero la pierna aún no podía salir. Se preparó para hacer lo mismo y una vez más lo logró, generando más espacio entre el hombre y el mueble. Y así lo hizo tres veces más en esa esquina y en la otra superior, logrando erguir dos columnas de libros que permitieron la exitosa salida del señor de debajo del librero sin lesionarse aún más.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —dijo ella mientras le ayudaba a pararse poniendo el brazo del hombre lastimado en su cuello para que la usara como apoyo.

Ambos se dirigieron a la puerta, que ya casi era alcanzada por el fuego, y salieron del departamento.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó con desesperación él, al mismo tiempo que se agachaban observando con temor que la nube de humo ya era más densa en el piso en el que se encontraban y había más calor, señal de que el incendio envolvía cada vez más a la estructura. Subiendo las escaleras, afortunadamente sin daño aparente, contestó:

—Vamos a la azotea. Así nos podrán ver y tendremos mayor posibilidad de ser rescatados de aquí.

El séptimo piso estaba totalmente en llamas. Y al subir hacia el piso superior, notaron que había grietas enormes en los muros. Las escaleras estaban quebrantadas, por lo que tuvieron que apoyarse en parte de la pared que se había desmoronado para seguir su camino. Notaron entonces, después de haber subido exitosamente al octavo piso, que el edificio estaba inclinado. Una explosión más y este se vendía abajo, desplomándose sobre ellos y sobre las demás personas que quedaban con vida dentro de ese infierno. Hicieron una pausa en los escalos-

nes, donde no había llamas. Ella le ayudó a sentarse estirando su pierna para que su fractura no tocara el suelo.

—¿Por qué nos detenemos, señorita? Tenemos que llegar al techo, no podemos quedarnos aquí ahora. ¡En cualquier momento el fuego puede avivarse y quemar todo este piso!

—Voy a ver si no hay más sobrevivientes en este piso. Sería egoísta de mi parte haberlo salvado a usted, pero dejar morir a otras personas. Espere aquí, no vaya a moverse.

Dijo con tono tajante viendo a los ojos al señor, quien se encogió de hombros y miró hacia el techo, donde no observaba más que humo.

Ella se colocó una vez más la toalla húmeda y entró al departamento 801. Vacío. Entró al 802 y, en aquello que las llamaradas le permitían vislumbrar, tampoco había nadie, así como en el 803. Por suerte, las puertas por las que había entrado no tenían llave, seguramente porque los residentes habían logrado salir o simplemente no acostumbraban cerrar con llave sus hogares en ese edificio. Esperaba que tampoco hubiera nadie en el 804, pero, al abrir la puerta, encontró a una adolescente de unos trece años que yacía en el piso inconsciente, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la puerta. No había señal de los padres o de cualquier otro ser humano en el departamento. Se agachó e intentó despertarla tomándola por los hombros y sacudiéndola.

—Vamos, despierta —dijo con desesperación, y, unos segundos después, la niña abrió los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó con un tono alarmado, pero inmediatamente después se percató de la situación en la que se encontraba y gritó.

—No pasa nada, no pasa nada. Vengo a ayudarte, vamos a salir de aquí.

La niña asintió rápidamente; la mujer que la rescató la ayudó a ponerse de pie y le preguntó:

—¿Por qué estabas en el suelo?

—Me desmayé al quitar el cerrojo, me dio mucho miedo no ver a mis papás y ver... ver las cosas quemándose y... y...

Lágrimas empezaron a brotar de los almendrados ojos de la pequeña. Ella, con una sonrisa empática, las limpió de su rostro intentando relajarla.

—No llores, tranquila —apartó uno de los rizos de su cara—. ¿Dónde están tus padres?

Apuntó con su dedo índice hacia las habitaciones, las cuales, tristemente, ya se encontraban incendiándose. Perpleja, se quedó sin palabras y de su rostro borró esa sonrisa que había esbozado hace un instante. La tomó de la mano, tratando de hacer que, por un pequeño instante, olvidara la situación de sus papás.

—Ten esto, pónelo en la nariz y boca y cúbre las bien, es para protegerte del humo.

Dijo mientras le tendía la toalla húmeda. Se desplazaron hacia donde estaba el señor, quien ya se había preocupado por la ligera tardanza en ese departamento. La niña palideció al ver la pierna del desconocido de las escaleras, y se dijo a sí misma que no voltearía a ver al señor para que no se asustara.

—Niña, ponte unos escalones delante de nosotros, vamos hacia arriba. No puedo tomar tu mano porque voy a ayudar al señor a subir.”

Ella asintió una vez más, con un rostro de miedo por todo el fuego que veía. La mujer puso de pie al hombre de la misma manera en la que lo hizo hace un rato y subieron al noveno piso los tres.

—Excelente, dos pisos más y llegamos a la azotea —exclamó con júbilo el señor, quien ya no soportaba el dolor de su pierna.

Repitieron el mismo procedimiento que hicieron en la planta de abajo. La niña, muy asustada, le hizo compañía al hombre mientras la mujer revisaba los departamentos. Esta última no encontró a nadie vivo, únicamente cadáveres. Un piso arriba se sentía aún más la inclinación. Ya saboreaban la libertad. Sin embargo, justo en el momento en el cual por fin se sentían esperanzados, el fuego se avivó. La poca presencia que este tenía en el penúltimo piso se hizo brutalmente notable. Parecía que el edificio quería que permanecieran ahí, que sirvieran de alimento para las hambrientas llamaradas que amenazaban con tragarlos y convertirlos en nada más que polvo, cenizas y carbón. Se escuchó un estruendoso proveniente del piso once, el piso final, el único que los separaba de un poco de aire y frescura, había sufrido una explosión, producto del involucramiento del incendio. Las escaleras hacia la azotea ya no existían. Pedazos habían salido disparados hacia los espectadores en la banqueta y a los bomberos, cuyos intentos para extinguir el fuego mediante chorros de agua había sido un infructuoso desastre.

—No, no, no, no puede ser. ¡No puede ser! —gritaba el señor, llevándose las manos a la cabeza, contagiando el pánico y desesperación a la niña, quien tomó las vociferaciones de aquel hombre como una invitación a sollozar. La mujer, después de haber subido a revisar qué había pasado en el piso de arriba, regresó con ellos, no sin antes notar que el tiempo estaba por terminárseles. Estaban rodeados. Bajar era suicida. Subir era imposible. El

hombre comenzó a entrar en un ataque de pánico, hablando entre dientes, mientras que la niña no lograba controlar su llanto. Pero ella necesitaba pensar, necesitaba concentrarse. Así que les imploró silencio con un alarido altamente sonoro, el cual funcionó para que la mente de ellos dos regresara a sus cuerpos. Entonces se callaron y el único sonido que se escuchaba era el fuerte crepitar de las llamas y, lejanamente, las sirenas de los bomberos que se escuchaban casi una decena de pisos abajo. Ella dio una vuelta, tratando de pensar cómo iban a salir de ahí, pero con lo único que se encontró fue con fuego, humo y demasiado calor. Al voltear a ver una puerta, la puerta más próxima a su derecha, la del departamento 1001, la única puerta intacta, se le ocurrió algo. Y era la única idea que fluyó por su mente, así como la única opción que les quedaba si querían salir de ahí. Pero la puerta estaba cerrada. Empezó a patearla violentamente mientras el señor, al saber que no podía depender en ese momento de la mujer, se levantó ayudándose del barandal. La niña observaba en silencio cómo, tras unas nueve patadas y tres embestidas, el seguro de la puerta cedía y se abría.

—Entren, entren — apenas pudo decir la mujer entre jadeos y suspiros a la niña y al señor, quienes aún no conocían el plan.

Emparejó la puerta detrás de ella una vez que entraron para evitar la entrada de la nube de humo, pues ese departamento aún estaba, misteriosamente, intacto, y vio justo lo que buscaba: ventanas. Eran grandes, con el tamaño ideal para el plan que había generado en su cabeza. Se asomó y vio que afortunadamente el cuerpo de bomberos había seguido uno de los protocolos vitales en su

ciudad para incendios en edificios. Soltó un suspiro de alivio.

—Esto es lo que vamos a hacer —formuló ella con determinación. El hombre se había sentado en una de las sillas del comedor; la niña permanecía parada, ambos prestando total atención—. Tenemos que saltar desde las ventanas hacia esos inflables enormes que colocaron los bomberos en la acera. Es la única manera de salir de aquí.

Se quedaron perplejos. Hubo un silencio de un par de segundos, hasta que la niña balbuceó:

—¿S-Saltar?

—Sí, pequeña, tenemos que hacerlo. No hay otra salida de aquí. No te va a pasar nada, créeme.

La niña no habló más, se quedó estática mirando hacia el suelo. El señor volteó a verla, haciéndole señas para abrazarla, y ella fue a sus brazos. Mientras tanto, la mujer tomó una silla de aluminio encontrada en la cocina y la arrojó violentamente contra la ventana, haciéndola añicos. La silla cayó frente a los inflables, llamando la atención de las personas que estaban abajo. Voltearon hacia arriba, unos llevándose las manos a la cara con señal de asombro, otros sonriendo de alegría al ver que había una sobreviviente. Los bomberos se prepararon para el salto que tendría que dar la mujer que se asomó por la ventana. No sabían que había otras dos personas vivas allá arriba. La mujer vio a la multitud que se encontraba abajo, volteó, y le dijo a la pequeña que ella iba a ir primero. No rezongó, pero tampoco se veía contenta. Estaba asustada, al fin y al cabo, solamente era una niña de trece años. La llevó al borde de la ventana, ambas viendo hacia la calle. La mujer se puso detrás de ella y le dijo:

—A la cuenta de tres, vas a brincar hacia adelante, ¿entendido? —Asintió con la cabeza—. Uno... —Puso sus manos en la cintura de la niña—. Dos... —Sentía cómo sus piernas temblaban y su respiración estaba agitada; el señor observaba con angustia—. ¡Tres!

Brincó al mismo tiempo que la mujer la empujaba y la niña lanzó un grito agudo que se iba alejando, distanciándose hacia abajo, cesando hasta que cayó sana y salva, desinflando uno de los dos inflables postrados en la banquetta.

—¿Está bien? ¿No está herida? —preguntó el señor con preocupación a la mujer, quien volteando aliviada, le contestó que sí se encontraba sana y salva, que los bomberos y los paramédicos ya la atendían.

Se dirigió hacia él para ponerlo de pie, e inmediatamente notaron que el fuego ya se asomaba alrededor de la puerta, escupiendo llamas por los cuatro extremos de la entrada. Una de ellas alcanzó una alfombra que estaba un poco cerca de ellos, y otra, arriba, una cortina. Tenían que apurarse. Llevó al señor al borde y este volteó para verla a los ojos y le dijo:

—Le debo la vida. Verdaderamente jamás había estado tan agradecido con alguien como lo estoy con usted, es un ángel, un verdadero ángel. Gracias, pero aún no sé ni su nombre.

Ella, tras haber esbozado una cara de felicidad después de las cálidas palabras del señor, escuchó algo que la distrajo del cálido momento que estaba viviendo. No era fuego, tampoco sirenas. Era algo más.

—Le diré mi nombre abajo. Ahora salte.

Brincó en un solo pie y por fortuna no se lastimó más. Lo atendieron los paramédicos de inmediato, llevándolo a la ambulancia. Ya había perdido mucha sangre. Comentó al cuerpo de bomberos que aún faltaba alguien más, y ellos inmediatamente comenzaron a llenar de aire de nuevo uno de los inflables. El fuego en el departamento ya había alcanzado las cortinas y parte del comedor. Amenazaba con llegar a la cocina. Pero ella no iba a saltar sin antes saber qué era ese ruido que había escuchado. Podía jurar que había sido una voz, sí. ¿Era posible? No revisó si había alguien dentro cuando rompió la puerta, pero cualquiera que hubiera estado ahí, aún sin haber escuchado todo el ajetreo que causó el mal desalojo del edificio ni las múltiples explosiones, habría oído eso. Se asomó cautelosamente a la habitación principal, pero no había nadie. Fue hacia la única habitación y quedó totalmente sorprendida al ver un bebé. Un bebé en una cuna de madera, envuelto en una sábana blanca con un gorrito del mismo color, despertando de una siesta, inocente y totalmente indefenso, sin tener la más mínima idea de lo que sucedía a su alrededor. ¿Qué demonios hacía ahí un bebé? Era una total irresponsabilidad. Se acercó, lo cargó y el infante abrió los ojos, demostrando pureza, felicidad e intriga. Soltó una risita y ella no pudo evitar sonreír. Sin embargo, había dejado de prestar atención a la situación en la que se encontraba. Puso los pies en la tierra de nuevo y, cargando al bebé, salió de la habitación. El comedor y la sala ya estaban en llamas, y si el fuego se esparcía un poco más hacia la cocina, el tanque de gas podría explotar. Se asomó cargando al niño y vio que el inflable aún no estaba totalmente inflado. Pero no había tiempo. No quedaba más por

hacer. Tenía que saltar. Tenía que salvarle la vida a ese niño que estaba libre de toda culpa, que no merecía la muerte por nada del mundo. Tenía que salir de ahí ya. Pensó los errores que había cometido en su vida, que sabía que habían sido muchos; pensó en su pobre amiga, en la niña de trece años de ojos almendrados, en el señor con la tibia fracturada... Caminaba de espaldas hacia el hueco de la ventana mientras veía a las llamas consumir todo a su paso y logró ver un reloj análogo en un mueble con unos adornos. Marcaba las 6:42. Al sentir el borde con sus talones, sintió cómo el aire rozaba su espalda, acariciándola, dándole la bienvenida. Abrazó fuertemente al bebé contra su pecho con ambas manos. Sabía que, después de todo, había hecho lo correcto. Se había redimido consigo misma. Se sentía en paz. Cerró los ojos... Y se dejó caer.

En el suelo había un cuerpo desfigurado. Las personas que se encontraban abajo veían con horror e intriga. Había caído con un bebé que milagrosamente se encontraba a salvo, sin ningún rasguño, hijo de la madre soltera, quien no paraba de llorar de felicidad por saber que su pequeño estaba vivo. ¿Pero, quién era ella? Nadie la conocía, nadie sabía que estaba ahí. Nadie sabía ni su nombre, ni por qué se encontraba en el edificio. Era una total desconocida. Las personas murmuraban entre ellas tratando de obtener algo de información, pero nadie obtuvo nada. Nadie nunca sabrá quién fue la misteriosa heroína que salvó a tres seres humanos en treinta y siete minutos, pero todos la recordarán por siempre.



Parmenia. 
DIGITAL

www.editorialparmenia.com.mx